

Fernando González

Antología poética

Fernando González

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

28

ANTOLOGÍA POÉTICA

Edición de Alfonso Armas Ayala



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Fernando González

ANTOLOGÍA POÉTICA

Islas Canarias
1990

- © Para la introducción **Alfonso Armas Ayala**
- © Para el texto **Fernando González**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-34-2

Depósito Legal: M. 8.591-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
Boceto biográfico	11
El hombre	17
Bibliografía	37
Nota editorial	39
 LAS CANCIONES DEL ALBA	 41
La canción de la noche	43
Una mano muy suave... ..	45
Hacia Telde en la noche... ..	46
Canción del peregrino visionario	48
A mi hermana Ana	49
Mi caña	50
La fuerza de la raza	51
El canto primero	53
Mi dolor, fugitivo... ..	55
 MANANTIALES EN LA RUTA	 59
La carretera blanca	61
El poeta regresa enfermo	63
Palabras de mi padre	67
Elegía de los laureles	69

	<u>Págs.</u>
Sed	71
La última noche del niño enfermo	72
En la transmutación del maestro	74
El muelle viejo	78
Perros de los caminos	79
Aliento	80
El pensamiento sobre el mar	81
El final de la ruta	82
 HOGUERAS EN LA MONTAÑA	 83
Momento de partida	85
Al poeta Vicente Boada	87
Antonio Machado	90
Orillas del río	91
Habla el manantial	92
Canción de amor pasajero	94
Tierra adentro	95
El tiempo apura	96
 EL RELOJ SIN HORAS	 99
Primer viaje	101
Labor hasta el reposo	103
Consejo	104
Después del Ángelus	105
La noche en vela	107
Las piedras de esta calle	109
En espera	111
Lamentaciones tempranas	112
Derrumbamiento	114
Elogio a Federico García Lorca	115
La hoguera inextinguible	116
Conformidad	117

	<u>Págs.</u>
PIEDRAS BLANCAS	119
A mi madre, en el regreso	121
Serenidad	122
Velero	124
Bondad	125
Rincones de llanto	126
Cancioncilla de amor fragante	127
María de la Luz	129
Viajero por las sombras	130
OFRENDAS A LA NADA	131
A mi hijo, dormido	133
A Rosario, mi mujer	134
Árbol vencido	135
Atracción de la muerte	136
En la tristeza de la noche	137
La mañana dormida	139
Otro mundo	141
En la soledad del mundo	143
Abandonado del amor	144
Jinete del recuerdo	145
A mis padres, muertos	146
Canciones súbitas	147
Belmonte de campos	150
La luna de Castilla	152

INTRODUCCIÓN

BOCETO BIOGRÁFICO

4 de enero de 1901, en Telde; 24 de junio de 1972, en Valencia. Algo más de setenta años. Telde, Las Palmas, Madrid. Después, estancias en Tortosa, Logroño, Bilbao, Valladolid, Barcelona y Aranjuez: catedrático de Instituto en peregrinaje de traslados. De tantos lugares, dos: Valladolid y Madrid. En especial, Madrid. Nuestro poeta, viajero oficial obligado por los destinos de su cátedra.

Pero antes, Telde.

"Las piedras de esta calle/se sabían mi nombre de memoria", dice el poeta en uno de sus libros (1). Y, efectivamente, la infancia del poeta y los primeros años de su juventud transcurrieron en su Telde natal: siete hermanos, vida dura ("¡Cómo corrí, descalzo, por las piedras/de mi calle natal - Éramos pobres,!"). Allí, las primeras letras, de mano de su madre y en el Colegio; allí, la tutela casi fraterna de Montiano Placeres —dueño de una modesta biblioteca—; allí, la vecindad de la Plaza de San Juan —"Laureles de la alameda"—, en donde correteaba la imaginación infantil y hacia donde tantas veces el poeta volverá en el galope de sus sueños; allí, durante sus primeros quince años, "era un pálido mancebo/ que jugaba con los niños/ y charlaba con los viejos...".

Con más estrecheces que abundancia, transcurrieron los años teldenses. J. Quintana (2) refiere así esta época:

"En un colegio privado, establecido en su calle natal, hizo los estudios de primera enseñanza. Cuando tenía once años escribió... sus primeros versos... Siguió escribiendo poesías y de esos años niños conservó su padre una serie de cuadernos donde están recogidas."

Uno de esos cuadernos fue leído por Francisco González Díaz o por algún otro crítico local. *La Provincia* publicaba el 4 de diciembre de 1916 su primera poesía.

Como sigue refiriendo el profesor Quintana (3), tanto el propio G. Díaz como los poetas y críticos de *Ecos* —periódico en el que colaboraban Alonso Quesada, Saulo Torón, Tomás Morales— refrendaron la aparición de este joven poeta, apenas cumplidos los quince años.

"Un caso de precocidad y espontaneidad poéticas maravilloso", comentaba González Díaz en *El Diario de Las Palmas*. Y en *Ecos*, los elogios tenían más amplia dimensión:

"Sea bienvenido este muchacho tan joven, tan triste que a los dieciséis años de su vida canta la muerte con el mismo afán de ternura con que luego nos habla de su amiga, de su niñez, de sus recuerdos, de su casa, de sus 16 años" (4).

A continuación, en 1917 en Las Palmas, ya redactor de *La Provincia*, simultanea los estudios de Magisterio y Bachillerato. Recién creado el Instituto "Pérez Galdós", en él se examina en varias convocatorias, como alumno libre. Luego, pudo, con la beca del Cabildo Insular, continuar los estudios de Filosofía y Letras que había iniciado en La Laguna.

En los años de estancia en su isla, antes de marchar a Madrid, "hace de todo", según refería en una ocasión a un periodista: empleado en la Caja de Ahorros, auxiliar en la Sección Agronómica, redactor de periódico, gacetillero, cronista. En 1918, a los 17 años, se celebra en el Consulado de Francia la terminación de la Guerra Europea; y los efectos del champagne se dejan sentir.

El crítico de *Ecos*, con feliz intuición, está destacando la temática de su primer libro de versos; y la de casi toda su obra poética. Un año después, a los 17 años, ("Las Canciones del Alba") su primer libro recoge algunos de esos poemas que habían sido publicados en la prensa insular o que habían sido leídos en círculos literarios muy reducidos.

Desde 1922, año en que llega a Madrid, hasta 1930, fecha en que obtiene cátedra de Literatura en el Instituto de Tortosa, Fernando González consigue irse introduciendo en el mundillo literario. *El Herald*o, *La Pluma* fueron algunos de los periódicos en donde colaboró nuestro poeta. El primero, periódico conservador, había pertenecido al "trust" de los tres grandes periódicos madrileños; y había sido factor importante en la caída del gobierno de Maura. *La Pluma*, fundada por Rivas Cherif y por Manuel Azaña, acogió bien pronto la pluma de F. González, quien, por esta circunstancia, se convertiría en persona muy próxima a la trayectoria política de Azaña: iniciada en el Partido Reformista, continuada en "La Liga de Educación Política Española" —en donde, por poco tiempo, coincidieron Ortega y Azaña— y concluida en *Izquierda Republicana*, grupo político en el que F. González llegó a gozar bastante predicamento.

Amigo de sus amigos, corresponsal sin desmayo, guía y valedor de los jóvenes canarios llegados a la Corte, generoso con todos, Fernando González resultó ser paradigma del hombre liberal, aquel del que decía Marañón: "Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas; primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin... Se debe ser liberal —concluía Marañón— sin darse cuenta, como se es limpio, o, como por instinto, nos resistimos a mentir" (5).

Fernando González estuvo dispuesto para *entenderse* con los demás. Para no ofrecer aristas algunas que limar. Para saber conservar ese difícil justo medio del que hizo gala a lo largo de su vida. Y, sobre todo, para pertenecer siempre a esa categoría superior de hombres que conducen "su propia vida con gestos interiores", según decía Marañón (6). Fernando González, pues, excelente liberal, sólo tuvo "un gesto disciplinador", el de su propia conciencia. Tal vez por eso pudo ejercer, sin él desearlo, ese liderazgo espiritual que no sólo ejerció entre sus amigos y compañeros literarios, sino también entre sus correligionarios políticos.

Perteneció nuestro poeta a esa segunda generación nacida en la postguerra del 14 que tantos caminos tuvo para manifestarse a través de los muchos *ismos*. Haber tenido una formación literaria tan precoz, haber conocido y admirado a los epígonos del modernismo en Canarias —Tomás Morales, en especial— y haberse empapado de lecturas clásicas en las bibliotecas amigas (en especial, la de Montiano Placeres), fueron factores que predispusieron su línea de conducta y sus gustos estéticos. Siempre fue tildado de "joven maduro"; y esta madurez, unida a su innata timidez juvenil, resultaron circunstancias indiscutiblemente formadoras de su carácter.

Y la palabra. La palabra como arma eficaz y poderosa de comunicación. "Vinieron las reuniones nocturnas de *La Jornada*, el acercamiento a Tomás Morales, a "Alonso Quesada", a Saulo Torón; se formó una pléyade diminuta a su cobijo, y vinieron los pedestres paseos dominicales, "cantando versos camino de Tafira...". Así evoca Vicente Boada aquellos primeros años juveniles de Fernando González.

Los poetas modernistas, dominadores de la palabra; excelentes lectores de sus versos; gesticuladores insignes. Como lo fueron, en general, los hombres de aquellas décadas. El verso, no para leerlo; para escucharlo. Recuérdese,

en 1910, en los Juegos Florales de Las Palmas, el nervioso y singular recitado de Rafael Romero, uno de los poetas galardonados. Y no puede olvidarse, según lo recuerdan las crónicas periodísticas, la persuasión gesticulante y "sonora" de los versos de Tomás Morales cuando los recitaba el propio autor. Del mismo modo, Fernando González: buen lector, dominador del gesto, con capacidad entonadora. La palabra del poeta, al regresar a su Telde natal en 1963, fue capaz de atraer y dominar al denso auditorio que acudió a su llamada: movido exclusivamente por la magia de decir el verso.

Verso que, ya en esas fechas —1963—, se encontraba plenamente maduro. Depurado de retórica, de musicalidad y había ganado sencillez, hondura, intimidad. El profesor Joaquín Artilles ha definido con exactitud el cambio experimentado por el poeta: "Y éste es el auténtico Fernando González austero en el estilo, sosegado en la andadura y profundo en el sentir; que irá perdiendo retórica, mientras gana en hondura; que irá perdiendo aderezos, mientras se aviva el rescoldo humano de sus versos" (8). Con anterioridad había señalado el prologuista la similitud de la poesía de Antonio Machado con la de Fernando González; por la temática del verso y por la hondura del sentimiento. "Me siento algo en desacuerdo con los poetas del día —decía Antonio Machado—. Ellos propenden a una destemporalización de la lírica, no por desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes en función más conceptual que emotiva" (9).

Haber escrito estas palabras para la *Antología* de Gerardo Diego tiene una doble significación: viene a ser una denuncia de la "poesía pura", de la que Lorca o Alberti habían ya dado muestras evidentes. Antonio Machado, clamando por la *emoción* como fuente de inspiración poética. La misma que inspiraba a la mejor poesía de González. Tal vez porque uno y otro habían encontrado en Bécquer, en Espronceda y en el Duque de Rivas modelos inalterables

para sus respectivas obras poéticas. Antonio Machado lo había expresado en una frase muy de Mairena, en el mismo texto dedicado a la *Antología* de Gerardo Diego: "Los poetas futuros de mi *Antología*, que daré a la estampa..., devolverán su honor a los románticos, sin serlo ellos mismos; a los poetas del siglo lírico, que acentuó con un adverbio temporal su mejor poema, al par que ponía en el tiempo, con el principio de Carnot, la ley más general de la Naturaleza".

José M.^a Valverde destaca la atracción que sobre Machado ejerció el principio de Carnot-Clausius; escuchando a Bergson en alguna de sus clases a las que asistió Machado, o citado en alguno de sus libros (10). El Tiempo, "la regla más general de la Naturaleza", al decir de Mairena. "La Vocación a la temporalidad", lema machadiano, es también la inclinación que sentía Fernando González en forma de *caminos*, vocablo tan frecuente en Machado: "Los caminos hondos de mis sueños", "el camino blanco", "el camino de la muerte": algunas muestras de Fernando González. "¿Para qué llamar caminos/ a los surcos del azar?", dos versos de Machado.

Los "Poemas Mínimos", del libro *Piedras Blancas* (Madrid, 1934), tienen la misma estructura (octosílabos asonantados) que la mayoría de los "Proverbios y Cantares" de *Campos de Castilla*. Especialmente, los poemas cortos, de 3 ó 4 versos; encierran una sentencia, una reflexión o una glosa. González, a diferencia de Machado, titula los poemas; Machado prefiere la indeterminación.

Como señala el profesor Joaquín Artilles (11), Antonio Machado estuvo presente en los versos de Fernando González a partir, en especial, de *Manantiales en la ruta*. Aunque en *Reloj sin horas* (1929) es en donde el eco machadiano se hace más patente: "Primer viaje", "Labor hasta el reposo", "Consejo", "Las piedras de esta calle" son poemas en los que el intimismo, la evocación, el pasado se

entrecruzan por los versos. Con un latido más personal e intransferible.

Nostalgia y Muerte, temas obsesivos en su poesía. Nostálgico ya fue el poeta desde sus primeros versos; nostalgia que se confundía con una precoz madurez. "En espera" (*Reloj sin horas*) es soneto en el que una sombra, una sombra siempre presente, asoma una y otra vez ("...ante la sombra/ que en mí proyecta la claror del río"); "la corriente", "tu voz", "el incógnito océano" son imágenes que sólo tienen un símil, la muerte.

Sin ser poeta de escuela, a pesar de ser contemporáneo de Salinas, Lorca, Alberti o Dámaso y Gerardo Diego, Fernando González prefirió recoger el eco de Machado; quizá por esa tristeza latente que ahondaba su poesía. "Versos recatados de expresión", los calificó D. Canedo; y ese recato, fruto de una timidez muy insular, es sin duda la primera nota caracterizadora de sus versos. Poesía interior, sí, pero no celosamente guardada; en ocasiones, confesional, propicia a volcar el Yo poético. Alma romántica, trágicamente soñadora, fue capaz de expresar "sentimientos profundos" y divagaciones soñadas.

EL HOMBRE

Si se quisiera escoger una palabra con la que definir a Fernando González, se escogería, entre muchas, una: generosidad.

Entregado a los demás, a cuantos acudían a su consejo o a la búsqueda de su apoyo. Inclinado a los "gestos interiores", dadivoso en su amistad, Fernando González dejó en su epistolario, en su riquísimo epistolario, buena prueba de esa entrega, de esa honda preocupación por los pequeños y por los grandes problemas de sus amigos.

Con V. Boada, entrañable amigo, sostuvo nuestro poeta una honda y firme amistad. Desde la primera juventud,

residente aún en Las Palmas, Boada y Fernando González intercambiaban sus primeros escritos. Y sus primeros sueños; el primero de los cuales fue marchar fuera de la Isla. Boada pudo cumplir sus deseos con anterioridad a González; al llegar éste a Madrid, se alojó en "la calle de Moratín, 47, y ya allí comenzó el duro bregar por un puesto en la Literatura Española". Era la misma casa de huéspedes en donde ya vivía Boada; y en la misma habitación, durante algún tiempo, los dos poetas convivieron, discutieron, se apoyaron mutuamente. "El niño", denominación cariñosa que le daba la patrona, iba poco a poco dándose a conocer en el mundillo literario. Ya en las tertulias de Fornos, ya en "las de la calle de León", —a donde concurría Antonio Machado—, ya con la amistad de "Lorca, de Escalante" y tantos otros poetas, Fernando González iba dándose a conocer con sus primeros libros, sí, pero además con su desprendimiento humano.

Las cartas de Fernando González, escasas en verdad, con fechas muy espaciadas, demuestran esa hipersensibilidad que su amigo Boada le diagnosticaba cariñosamente con el nombre de hiperestesia. En ellas hay de todo: noticias literarias —pocas—, necesidades pecuniarias, planes de trabajo no cumplidos, alguna poesía autógrafa reproducida más tarde en *Hogueras en la Montaña* o *Piedras Blancas*. Y desbordamiento. Fernando, nuestro poeta, necesitaba comunicarse, dialogar con alguien; deseaba volver a encontrar la voz amiga que tanto tiempo había escuchado. Y por eso, las cartas a Boada entrañablemente íntimas, pletóricas de intimidad.

Como ejemplo, una. Año de 1926. Ya se habían publicado *Manantiales en la Ruta* (1923) y *Hogueras en la Montaña* (1924). Agavillaba los poemas que formarían su tercer libro: *Reloj sin horas* (1929). El poeta estaba desasosogado: por apuros económicos, por la preparación de unas oposiciones que no se convocaban. Entonces se decidió llamar a sus antiguos compañeros de pensión —la mayoría ya profesionales, residentes en Madrid, en Tenerife, en Las

Palmas— para que la fabulosa (?) aportación mensual de “25 pesetas cada uno”, “durante seis meses”, pudiese ayudar a nuestro poeta en su vida madrileña, casi supeditada a la parva pensión que podía recibir de su familia y a la más escasa subvención que le mantuvo el Cabildo Insular.

Se trataba, así lo planteaba, de un adelanto pecuniario que se comprometía a devolver tan pronto regularizara su debilitada economía. Y no tenía reparo alguno en dirigirse a sus viejos amigos para, en gracia de la amistad —moneda de oro para el poeta—, solicitar la ayuda que necesitaba. Como si cada uno de ellos continuase allí, en la calle de Moratín; como si los años no hubiesen transcurrido. Por encima de todo estaba esa credibilidad, esa fianza amistosa que Fernando González era capaz de dar y de solicitar.

En otra ocasión es la noticia de la muerte de una hija de Boada. Hay como un desgarramiento personal de Fernando González; no es sólo la condolencia sincera. Además hay como un “rayo de luna en pétalo de nieve” —feliz verso de *Piedras blancas*— al referirse a aquella niña que el propio Fernando González había conocido; y que ya era “sólo un buen recuerdo amargo”.

Pasan los años. Fernando González ha obtenido la cátedra de Instituto. Deambulará por pequeños y provincianos Institutos. Hasta que por fin consigue volver a Madrid; el *Nebrija* será el Instituto madrileño en donde ejercerá su doble condición de docente y de Director. Estallará la Guerra Civil; nuestro poeta, en compañía de su esposa Rosario —también catedrática—, saldrá de Madrid. Ejercerá, en días duros y amargos, la docencia en Barcelona. Algún futuro catedrático será alumno suyo en las aulas barcelonesas.

Después, la postguerra. La separación —eufemismo muy administrativo— de la cátedra, su mudanza a Valladolid —en donde ejercía su esposa—, sus estudios de Leyes,

sus tertulias; y *Halcón*, la revista literaria que, bajo su dirección, alcanzaría notable difusión y renombre. La colección poética de *Halcón* albergaría a jóvenes y viejos poetas; y el propio Fernando González publicaría en ella *Ofrendas a la Nada* (Valladolid, 1949), después de haberse editado catorce volúmenes. López Anglada, Pedro Lezcano, Pedro Perdomo, entre otros, fueron autores que enriquecieron a esta editorial poética mantenida y dirigida por la perseverancia de Fernando González durante sus años vallisoletanos.

Por fin, en los finales de los años cincuenta, su reintegro a la cátedra. En Valladolid, en el Instituto "Núñez de Arce". Allí, clases, exámenes... y algún plante frente a un Director Espiritual demasiado tridentino. Fernando González, buen conocedor de todos los recovecos administrativos, defendiendo la libertad de cátedra. Y sufriendo, tácitamente, la condición de catedrático "repuesto".

Y, sobre todo, atento y preocupado por los amigos. En especial, por sus amigos de la Isla que, en aquellos años, comenzaban a martillar en el duro banco de las oposiciones a cátedra.

En una carta (1-3-61), al referirse a un opositor por quien se interesaba, decía:

"Que nuestro paisano ha salido de los prácticos por mayoría. Que el interesado no se desanime... pues él es hombre del Archipiélago, y sabe que se pueden salvar los riesgos de navegación entre islas, y debe procurar, con buen ánimo, salir a la mar abierta después de salvar el arrecife peligroso que es el ejercicio práctico de oposición".

El opositor, acosado por "los demonios", en Madrid; el remitente de la carta, en Valladolid; el destinatario, en una isla, transmitiendo al "navegante" de tan azarosa navegación, las palabras de ánimo del poeta-catedrático. Y el poeta, una vez más, rememorando a las islas, al mar, a la distancia amarrada tan fuerte por los afectos.

En ese mismo año (26-5-1961), comenta jocosamente —aunque sí con dolor interior— el olvido o la ignorancia que de su nombre tenían las generaciones jóvenes, aun la de jóvenes universitarios:

"No te preocupes porque me conozcan o no en la Isla, pues es cosa que no me importa. Lo más seguro es que la vida no me permita volver a ella jamás... Nada de esto evita que siga queriendo a mi tierra *por lo que ella es mía*".

El sueño, en aquel momento tan lejano, se cumpliría dos años más tarde; pero sí vale la pena destacar esta amargura callada con que se hacía eco del olvido. El insular y su isla, atados fuertemente entre sí.

De un poeta insular, amigo y compañero de Fernando González en sus años de estancia grancanaria, hablaba con esta desgarrada sinceridad:

"Tenía unas grandes cualidades de poeta, pero desde hace unos años noté que se perdía para la lírica, acaso víctima del alcohol, tal vez del ambiente. Quiero hacer un artículo sobre él para poner lo que en su obra considero bueno... en medio del letargo insular en lo literario que sospecho".

La amistad, sobre todo. La valoración del poeta. Y, entre las causas, "tal vez el ambiente", "el letargo insular". "Alonso Quesada", en sus cartas a Luis Doreste y a Claudio de la Torre, se quejaba también del "letargo" o de la "somnia-lencia", contra la que el oficinista con alma de poeta luchaba con todas sus fuerzas. Pero contra las que este otro amigo de Fernando González no pudo o no fue capaz de luchar.

Y ahora, la pequeña y menuda historia de una oposición. A través de la vehemente prosa epistolar de nuestro Fernando González.

Al opositor que le pide consejos y ánimos le contesta con un sumario comentario bibliográfico de los temas más característicos del programa. De uno de los temas, "*La oratoria española en el siglo XIX*", le comenta: "Díaz Plaja

acaba de publicar una *Antología* de la literatura española (comentada el mes pasado en *ABC* por Fernández Almagro) donde da entrada a los oradores españoles del siglo XIX" (14-4-62). Gracias a su mediación y a la firme amistad con Fernando González, el propio Fernández Almagro tuvo la gentileza de trazarle al opositor, en el propio despacho de su casa, un esquema muy rápido de la oratoria española a partir de 1840; y otro amigo de Fernando, Antonio Rodríguez Moñino, completó el esquema con los oradores de las Cortes del 12, del 20 y del 34.

Una anotación oportuna: "El criterio en la 3.ª parte del práctico es... ver cómo el opositor trata el ejercicio con vistas a la preparación y capacidad de los alumnos de 6.º curso". Uno de los jueces del Tribunal, cordial amigo de Fernando González, le había hecho el comentario que no dudó en transmitírselo a su corresponsal, el angustiado opositor.

Una semana después (21-4-1962), más información bibliográfica y de contenido. El tema se titulaba: "*Épica artística del siglo XV*"; el opositor, cazador de fichas y hacedor de esquemas, pedía consejo:

"Pienso —dice Fernando González— que quieren referirse a los poetas del siglo XV, de autor conocido, pero no son líricos ni didácticos. Por consiguiente, el *Laberinto...* la *Comedieta...* pero no Gato, Segovia, ni Montoro".

La matización le resultó provechosa al opositor. Y las fuentes bibliográficas, también. Y aún, en la misma carta, una aclaración que es casi una significativa nota a pie de página:

"En la lista de poetas que te envié faltan, en efecto, nombres, pero no el mío, pues yo soy anterior, incluso a la graciosa generación llamada *generación* del 27, donde se incluyen a mis contemporáneos: Lorca, Dámaso, Salinas, Alberti, conocidos y con libros publicados antes de esa fecha, y de la que se excluyen a otros contemporáneos: Domenchina, León Felipe, etc. Realmente, esa denominación es usada pensando en Aleixandre, Guillén, Emilio Prados, Manolo Altolaguirre y otros que escribieron o publicaron

su obra primera por entonces, y puestos bajo la advocación del centenario de Góngora —y de Fray Luis, entonces—.

En una carta anterior, el opositor, el acongojado opositor, había recibido una lista de poetas, bien ordenada y cualificada, de los "poetas posteriores a 1939"; y en dicha lista, Fernando González añadía reflexiones muy atinadas sobre la "generación del 27": "La historia crítica de poesía española a partir de la "generación" del 98 (que es toda "modernismo") está por hacer de una manera cabal y seria", concluía el poeta-catedrático. No creía mucho Fernando González en el concepto de *generación*, lo admitía como muletilla docente; y poco más. No admitía, tampoco a los que tenían "*habilidades de versificadores*"; ni a los que no tenían "sensibilidad de poeta"; ni a los que han llegado "a los arrabales de la poesía que se llama poesía social". La poesía no tiene apelativos: existe o no existe. Así de radical se manifestaba este poeta que huía de ser encasillado; y que no admitía "apelativos" a ninguna clase de poesía. ¿Por qué —le había oído decir el opositor— "la poesía de Garcilaso es *amorosa* y la de Fray Luis de León, *religiosa*?" Los dos poetas escriben poesía de primera calidad".

Se sentía Fernando González contemporáneo de Dámaso o de Alberti —con el primero le unió siempre una sólida amistad—, pero no partícipe del gongorismo, del "veintiesetismo": los versos de Fernando González tenían otra temática y otra estructura. Y es curioso observar que las apreciaciones del catedrático-poeta coinciden con una parte de la crítica literaria más reciente, no muy satisfecha con el encajonamiento de poetas tan distintos con un rótulo generacional común.

Del tema titulado "La lírica española actual", el opositor había recibido un valioso esquema:

José García Nieto
Rafael Montesinos

De la "Juventud Creadora".

Eugenio de Nora
Carlos Bousoño

Discípulos de Dámaso en lo universitario y de Aleixandre en lo espiritual poético.

Vicente Gaos
Rafael Morales
Pedro Lezcano

Manuel Alonso Alcalde
Luis López Anglada
Arcadio Pardo

Del grupo "Halcón", de Valladolid.

Leopoldo de Luis
Blas de Otero
Salvador Pérez Valiente
"Gabriel Celaya"

Vale la pena recordar que la carta tiene fecha de 1962, que en ese año había muy pocos estudios sobre la poesía española contemporánea —el opositor tenía en su escaso fichero a: L.F. Vivanco (1957), a Concha Zardoya (1961), a J.A. Valente (1954), a D. Santos (1962), a Rodríguez Alcalde (1956), a D. Alonso (1952) y algún artículo ocasional de periódico —y que, además, los "encasillamientos" resultaban muy dispares entre sí. Disponer de ese esquema —incompleto, pero representativo— y escuchar las opiniones de un poeta contemporáneo —había cumplido sesenta años— era bastante para llenar una ficha... y para llenar uno o dos folios, en caso de extrema necesidad.

En esa misma carta, la preocupación por "no haber escrito" mi artículo sobre Perdomo, para ese homenaje que no sé ni cuándo será"; y la noticia de su viaje a Francia (Grenoble) para dictar un ciclo breve sobre poesía española. Aún con los sesenta años y con bastante achaques, Fernando González con capacidad de dar sus clases, de ir y venir de Madrid a Barcelona —en ese curso había concursado a una cátedra barcelonesa— y de dictar lecciones universitarias para estudiantes franceses.

Otra carta (17-5-1962): el opositor había ganado las primeras eliminatorias ("Pero el hecho importante es que

sois 14 para 15 plazas"). Se encontraba con más "ánimos", al parecer ("Me parece muy bien que te sientas con buenos ánimos"); y, una vez más, Fernando González haciendo prosas y galimatías para reforzar el aliento momentáneo del posible catedrático ("Yo tengo el criterio que la oposición es semejante a una enfermedad, y el deseo de vivir —o de triunfar, en este caso— en el enfermo contribuye mucho a recuperar la salud").

"Celebro que Moñino te anime y te aconseje. Espero que tengas mucha suerte en el primer oral...". Efectivamente, la sabiduría y la bondad de Rodríguez Moñino hicieron posible no sólo completar algunos temas "en blanco", sino conseguir la consulta de libros y opúsculos de su propia biblioteca personal. Las orientaciones y los consejos sobre el ejercicio oral —exposición, orden, claridad, resumen— fueron de gran valor al opositor.

La oposición caminaba, ejercicio tras ejercicio —¡eran seis!—: inexorablemente. "Supongo —decía Fernando González— que por todo el día de hoy (22-Mayo-1962) habrás hecho tu ejercicio de encierro". La "encerrona", "el encierro" transcurrió durante dos —¿tres?— horas largas. Para exponer el opositor el tema escogido; y para desarrollarlo durante una hora ante el Tribunal. ¿Cuál fue el tema? No es fácil recordarlo; sin duda el corresponsal del opositor lo hubiese recordado mejor. El opositor sí recuerda la zozobra de aquellas horas, la tintileante luz de dos bombillas de luz amarilla que parpadeaban en la mesa del Tribunal y el aire de aburrimiento y de cansancio —¿ocho, ocho y media de la noche?— de los cinco jueces. Después de haber escuchado a otros cuatro anteriores opositores desde las cuatro y media de la tarde.

El sexto ejercicio consistía en una explicación, muy breve, de la memoria pedagógica presentada por el opositor. "Nunca tuvo —en lo que yo sé— valor ese ejercicio, salvo cuando Besteiro hizo sus oposiciones a la cátedra de Lógica Fundamental de la Universidad de Madrid, hace 50 años. Ese

ejercicio le valió la cátedra". El comentario de Fernando González poco tenía que ver con la parva memoria pedagógica del opositor y los escasos quince minutos durante los cuales explicó al Tribunal el contenido de la misma. El ejercicio, en esta ocasión, no varió para nada la situación del casi exhausto opositor. Después de casi cuarenta días de lucha diaria obtuvo "el n.º 9"; y pudo elegir la plaza deseada.

Después: "Comprendo ese sentido post-oposición. Empiezan los nervios a relajarse después de la tensión sufrida y acusan el descanso produciendo cansancio a todo el organismo y una espiritual sensación de vacío". Fernando González, después de 30 años de haber ganado su cátedra, describía con gran exactitud el estado de ánimo del recién propuesto catedrático. La cabeza, sonajera; el cuerpo, vacío; la voluntad, laxa. Runruneaban, por la noche, chasquido de bolas en el bombo; percibía aún el olor de aquella habitación donde tuvo que permanecer encerrado —luz amarilla, mesa desnuda, frío glacial— y, sobre todo, parecía seguir escuchando palabras sueltas del Presidente del Tribunal ("el Sr. opositor decae en sus derechos", "el Sr. opositor tiene unos pocos minutos para escoger una bola de las tres sacadas del bombo", "el Sr. opositor tiene diez minutos para redactar un guión de los tres temas que desarrollará como máximo durante una hora") como si fuesen pelotazos de frontón. O como si las pelotas rebotasen en una pared invisible.

Congojas, miedos, desaliento: compañeros ineludibles de la oposición. Vencidos o arrinconados gracias al aliento constante de las cartas que el opositor recibía. Gracias a las llamadas telefónicas, a través de aquel teléfono de pared situado al final del pasillo de la pensión. Y gracias a esa entrega que Fernando González tuvo con el opositor. Como con otros muchos opositores, animados una y otra vez durante la carrera de obstáculos por la voz epistolar de Fernando González.

A partir de haber tomado posesión el catedrático, nuevos comentarios de Fernando González. Esta vez sobre el Instituto "Pérez Galdós" cuya denominación se había suprimido tácitamente para evitar situaciones de tensión con el Obispo Pildain y, también, por recomendaciones emanadas del propio Ministerio:

"Y está bien que te intereses porque el Instituto masculino lleve el nombre de "Pérez Galdós" con que fue bautizado en tiempos de la Monarquía y en vida de nuestro glorioso escritor, y cuya revocación oficial no he visto nunca publicado". (Carta del 6-7-1962).

Ya desde este año, la salud del poeta comenzaba a declinar. Va a resultar un tema constante en el epistolario. También la salud de Rosario, su esposa, aquejada de crisis respiratorias y circulatorias:

"Aunque mi salud no es propicia (además de mi rebelde fatiga mental, mi fatiga física, algo de visión, la albúmina y la hipertensión (21 de alta y 12 de mínima), a pesar del tratamiento que me tiene al borde de la congestión cerebral, de la parálisis o de la imbecilidad)". (Carta de 20-11-1962).

El no haber podido intervenir en el homenaje rendido al poeta Pedro Perdomo, explica esta confesión desgarradora. Cuando "esa fatiga", que se le había manifestado ya en su juventud, se le incrementa en los últimos años de su vida.

Un mes después, comenta Fernando González unos incidentes que habían ocurrido en el Instituto en donde desempeñaba cátedra el nuevo titular. El Director Espiritual—tridentino e inquisitorial— pretendía "censurar" las lecturas "prohibidas", según normas muy peculiares y personales, que se recomendaban en la clase de Literatura Española. Fernando González, que había sufrido también este celo represivo, comenta:

"Tu derecho a tratar desde el punto de vista literario obras y autores, es sagrado. No tienes que tolerar coacciones indirectas

de ese fraile ni de nadie... La Libertad de cátedra existe (aporta referencias legales)... El horizonte de la enseñanza media oscurece... Pero aclarará". (Carta 8-12-1962).

Siempre, en defensa de la dignidad del catedrático; enfrentado con las injusticias o con la enemiga "frailuna", que fue para él una constante obsesión.

Fernando González fue amigo y admirador de Matías Vega, político insular que, después de desempeñar la Presidencia del Cabildo Insular de Gran Canaria, pasó a ocupar el puesto de Gobernador Civil de Barcelona. Al enfrentarse con un Ministro, el Gobierno le relevó de su cargo:

"Me alegró la noticia de que a Matías le liberaran de sus antipáticas funciones políticas —en política, pase lo que pase, siempre se queda mal, porque la política es, por naturaleza, la actividad del fracaso— y que le han nombrado Embajador en Venezuela. Los canarios pierden un gran apoyo en la Península". (Carta del 27-12-1962).

Las apreciaciones de Fernando González reflejan muy bien sus sentimientos.

También él había sido candidato a Diputado durante la segunda República; y había padecido los latigazos, amargos y duros, de la política. Del mismo modo que la había vivido muy de cerca; a través de su amistad con Manuel Azaña, tan duramente castigado no sólo por sus oponentes políticos, sino por una buena parte de sus correligionarios. El juicio sobre el ex gobernador barcelonés resulta acertado; porque, en su nuevo cargo —la Embajada de Venezuela—, M. Vega demostraría sus excelentes dotes de buen quehacer político.

En 1963, algunos amigos de Las Palmas deciden invitarlo a dictar unas conferencias en Telde, en El Museo Canario, en el Gabinete Literario, tal vez en Tenerife. Fernando González, en principio, no se atreve; el pretexto, su tratamiento médico. En realidad, una mezcla de temor y de

ilusión de volver a la isla; hacía casi treinta años desde su último viaje:

"Sólo quise que supieras que, en principio, estoy dispuesto a aceptar la gentil invitación que por tu intervención me hace el Presidente del Gabinete Literario... y que el viaje, de hacerlo, lo haría con Rosario" (8-4-1963).

En carta posterior, le sigue preocupando la invitación, los gastos de viaje y estancia que va a originar, su inseguridad retórica. En medio de la carta, la evocación de un amigo; evocación íntima, cordial, afectuosa:

"Rafael Hernández, el ingeniero que [murió] ahí por los años 20, era amigo mío. Él fue quien, en el año 18, leyó, precisamente en El Museo Canario, mi libro "Las Canciones del Alba", en vísperas de su aparición, o, mejor recordado, la leyó el abogado Rafael Cabrera y Rafael Hernández pronunció el discurso de presentación. A él le dediqué yo mi poesía "Hombres de estas tierras...". Me es grato evocarlo al leer en tu carta el nombre de su hijo Manuel...". (Carta del 18 abril 1963).

Página casi inédita en la vida, en los juveniles años del poeta. Cuando hacía sus primeras armas periodísticas en "La Provincia"; cuando leía a los amigos las primeras poesías de su primer libro; y cuando la sensibilidad de Rafael Hernández y Rafael Cabrera, ya ligados a la vida del Museo Canario, refrendaban la calidad poética de Fernando González. Aquel muchacho "tímido y brillante" —al decir de González Díaz— que brindaba, por vez primera en su vida, con champagne francés la victoria aliada de 1918 en los salones del Consulado francés en Las Palmas.

Por fin, en mayo, su ansiado viaje a Gran Canaria. Para pronunciar charlas poéticas, para volver a visitar a los amigos, para reencontrarse con los suyos. Fernando González había vuelto a las raíces de su propia vida; y a buena parte de sus versos, aquellos versos tan hondamente nutridos por la savia insular.

Propone Fernando González dos, tres temas —*Tomás Morales, Antonio Machado, Góngora y el Barroco*— que deja al arbitrio de los organizadores del ciclo. Y, a propósito de la última —*Góngora y el Barroco*— comenta en la carta:

"La de Góngora, Quevedo y el Barroco, porque considero que esa clasificación se aplica como una especie de "ungüento de soldado", de fácil uso para todo... sin tener en cuenta que el barroquismo, en Literatura, es precisamente todo lo contrario de lo que constituye fundamentalmente el estilo de dichos escritores" (7 mayo 1963).

Como se ve, nuestro poeta no participaba del sentido de generalización que se aplicaba a todos los escritores del siglo XVII; conforme a un "cliché" histórico-literario. Fernando González consideraba que el barroquismo era algo más que las "luces y las sombras" de Menéndez y Pelayo. De ahí su afán clarificador para comentar lecturas de Quevedo, de Góngora y de otros poetas. Añadía Fernando González que el falso barroquismo de los poetas del 27 imitadores de Góngora demostraba la lectura incompleta que habían hecho de su obra. Una razón más, habría que pensar, para que en ningún momento se sintiese próximo a la mencionada generación; a pesar de la estrecha amistad que le unió con casi todos sus miembros —Lorca, Bergamín, Chabás, Guillén, D. Alonso, Alberti, etc.—.

El paso de Fernando González por las tribunas insulares —El Gabinete Literario, El Museo Canario, El Colegio "Labor" (Telde)— estuvo marcado por olor de multitud. Su nombre seguía teniendo un eco, cargado tanto de fervor amical cuanto de significación política. El poeta "transerrado" venía a ser como un exiliado que había regresado a la Patria.

Pero él, demasiado exigente consigo mismo, no había quedado satisfecho. Las causas, según su estimación, dicen mucho de su carácter, de su intimidad... y de "la sombra" que siempre le acompañó a lo largo de sus versos:

"Creo que yo pude, en cada caso, estar, a mis ojos, mejor de lo que estuve, pero eran demasiados esfuerzos para contener emociones que en oleadas removían mi corazón y avasallaban la serenidad de mi espíritu... No fui dueño de mis facultades... Lo que sí está bien es la impresión que yo me traje a la Península de que había pasado una temporada en el Paraíso, en el único sitio que —por nombres, tierra, cielo, mar y clima— queda en el mundo de carácter paradisiaco..."

El poeta, removido, azotado, por "emociones que en oleadas removían mi corazón"; el poeta convirtiendo el diálogo en visión; encendiendo, una vez más, la luz de la inspiración. Como lo había hecho —muchos años atrás—, cuando escribía "La carta de la hermana" (*Hogueras en la Montaña*) y decía:

"Tus palabras sencillas me conmovieron. Vivo tan lejos del cariño cuidadoso de ustedes".

Volver a encontrar cariño, afecto, sentirlo con tanta proximidad, debió haber conmocionado la sensibilidad de quien necesitaba, en aquellos momentos, calor familiar. "Con la ilusión de conversar contigo", rezaba el verso del poema (fechado en 1924); ahora, en su Telde natal (1963) convertido el verso en pura y desnuda realidad. Como resume muy bien —"tierra, cielo, mar y clima"—, Fernando González volvía a redescubrir las galerías más escondidas de su propia alma.

Porque, además, su cuerpo, su maltrecho cuerpo había dado ya señales alarmantes:

"Después del "chequeo" médico... he estado mucho tiempo "extinguiéndome mentalmente" a causa de mi arterioesclerosis (que yo no he querido confesar y que tanto me ha "deslucido" cada vez que he tenido que hablar, improvisando, en Las Palmas), o sea, que ese descanso, lento pero implacable, se inició en los primeros meses de 1963..."

Desgarradora confesión la suya. En especial, ese "yo no he querido confesar", amenaza constante y callada que lo acompañó los últimos años de su vida. A pesar de

que su vitalidad y su entrega lo hicieran preocuparse por familiares que acudían a él para conseguir trabajo; o por viudas de compañeros de cátedra, que le obligaban a discutir vanamente con los oídos sordos de la Administración (“que demostrara documentalmente que su difunto esposo había servido como soldado, por lo menos, un día, en cuyo caso ella, tendría derecho a pensión de viudedad”); o por una “prima mía”, desahuciada por el Juzgado de... una chabola por la que pagaba 600 pesetas.

Y, mientras tanto, Rosario, su esposa, con enfermedad más grave —“la inflamación ha cedido casi al límite”, “ya ha desaparecido de nuestro dormitorio el espantajo de la botella de oxígeno”, “se siente muy extenuada”, “las madrugadas las pasa casi en una queja constante”. El poeta convertido en “enfermero nocturno y casi diurno”; y el catedrático litigando en el Supremo el derecho a percibir “trienios” no reconocidos... para poder alcanzar —“de resultar favorable la sentencia”— “unas diez mil pesetas líquidas” más al mes y, además, abogado de su propia esposa, a quien también el Ministerio no le reconocía deudas atrasadas.

Fernando González, siempre preocupado por los demás. Siempre volcado hacia los otros. Tratando de ayudar a sus múltiples familiares, buscadores de su ayuda e influencias; gestionando cerca de los Tribunales la mejor predisposición en favor de los opositores canarios; o tratando de ultimar todos los enojosos trámites de la venta de su biblioteca al Cabildo Insular de Gran Canaria. Informes, informes, informes; tasaciones, números, pesetas. Ofertas, contraofertas... y burocracia. Lentitud, lentitud en los trámites; para recibir la biblioteca desde Madrid, para su catalogación provisional, para el pago aplazado de la misma, mediante una operación bancaria dilatoria. Y Fernando González desesperado, telefoneando, entrevistándose con el Presidente del Cabildo, soportando impertinencias le-guleyas.

Mientras que, al mismo tiempo, tras el fallecimiento de Rosario (26-5-1970), Fernando hijo se había trasladado a Valencia, en cuyo Ayuntamiento desempeñaría funciones de Vice-Secretario. Obras en la nueva casa, habitaciones destinadas a Fernando —cada vez más aturrido con la muerte de Rosario—, arreglos económicos. Y la amenaza, la terrible amenaza del traslado: muebles, enseres, algunos pocos libros. Con los recuerdos, enraizados fuertemente en el corazón del ya decaído poeta —“porque me siento muy cansado, mermado de energías”, dice en una de sus cartas (8-Mayo-1971).

Y con el traslado, las preocupaciones por no haber concluido la operación bancaria con que se había negociado el pago de la biblioteca: retrasos de pagos, obligaciones “de réditos”, malhumor justificado de Fernando:

“También me quita el sueño el hecho de que esté transcurriendo el tercer mes de réditos... de la cantidad que se giró a mi hijo Fernando a Valencia...” (24-Mayo-1971).

Sí, la biblioteca, “su” biblioteca. Casi es el tema de las últimas cartas:

“Acabo de poner en Correos tres paquetes... dirigidos al Director de la Casa de Colón. Uno de ellos contiene algún libro y algunas revistas cuya colección consta ya ahí. Los otros... corresponden a siete sobres grandes llenos de cartas, muchas de gente literaria conocida (entre ellas las de poetas canarios que me escribían cuando, en 1924, preparaba yo una “Antología de Poetas Canarios” modernos que creo tienen para la literatura insular un interés verdadero) y otras, de poetas menos conocidos...”.

Efectivamente, complemento de los libros, un archivo epistolar muy variado: desde Lorca a Saulo Torón, o desde Ventura Doreste a Pedro Lezcano. La carta, siempre la carta, documento inapreciable para Fernando. Cartas en las que puede seguirse paso a paso, la amistad, el interés del destinatario. Cartas con noticias literarias, con datos personales, con consultas evacuadas, con alguna noticia política; y, de vez en vez, recovecos de intimidad, casi

pequeñas confesiones. Los poetas jóvenes, en busca de la firme mano del poeta más maduro. Y del posible editor.

Por fin, por fin había terminado el largo proceso de la biblioteca, colocada ya en los anaqueles de la Casa de Pilar Nuevo. En donde estaban otros fondos bibliográficos, entre ellos el del historiador A. Ballesteros. Y, por fin, las zozobras de Fernando González parecían haber terminado:

"Supongo que ya habrás recibido mi poder notarial, y que las cosas ya se habrán resuelto, o se resolverán pronto, con normalidad completa. No sabes cuánto te agradezco el espíritu de sacrificio que has tenido que desarrollar para atender a mis ruegos y encargos en toda la azarosa tramitación de ese asunto hasta llegar felizmente al remate final. No sabes qué pesadilla me ha quitado de encima el llegar a este momento de liquidación total..." (9-Junio-1971).

Desde 1966 se habían iniciado las primeras conversaciones (?) epistolares. Fernando no se sentía con ánimos para desprenderse de lo que era "su otra propia vida". Aunque reconocía que si sobrevivía Rosario —cosa que no ocurrió— era una pesada carga para ella y para el hijo, en nomadismo administrativo por Secretarías de Ayuntamientos. Los primeros reparos fueron salvados. Se llegó a una tasación intermedia, en una cifra que hoy resulta ridícula, y se comenzó la operación del pago que, como es natural, el vendedor deseaba recibir de inmediato. Más de cinco años para llegar a buen fin. Razón tenía Fernando González en haber podido vencer esa "pesadilla", tan larga, tan enojosa y tan agobiante:

"De todo este asunto... creo... que eres tú el que no ha fallado un momento, el que ha actuado con más lealtad y con más afecto hacia mí y con mayor interés en que esa Biblioteca, que por no ser ya mía puedo calificar que es una adquisición casi regalada y de una extraordinaria utilidad cultural para la isla y para sus gentes. Quiero hacerlo constar así, porque es de absoluta justicia, ya que creo que algún día se valorará la presencia de esa Biblioteca en la Isla, y no quiero que, por ignorancia o egoísmo, discurren los aplausos por cauces indebidos" (25-Junio-1971).

De la misma carta, una posdata, manuscrita, con ese afán de precisión afectiva de que tantas veces hacía gala Fernando González en sus cartas; en su conversación epistolar:

"Hoy tengo —desde ayer que se empezó a preparar la mudanza— la casa atrabancada. Mañana sábado cargarán los muebles, y nosotros nos iremos mañana mismo por la tarde, a Valencia. Nos llevará en su coche Fernando, que llegará esta noche con ese objeto..."

Como uña de la misma carne, así se alejaba el poeta del hogar que había compartido con Rosario tantos años. El "atrabanco" de la casa casi se correspondía con el de su corazón, también ya hondamente afectado. Por la falta de la compañera, por esa carga "de muebles" y de recuerdos. Y por ese dirigirse a la que iba a ser su última casa. Después de haber peregrinado por tantas estancias circunstanciales en tantas ciudades y pueblos españoles. Aunque las dos más permanentes habían sido Valladolid y Madrid.

Casi un año después (24 de Junio de 1972), mientras San Juan se adueñaba de la Plaza de los Álamos de su Telde natal, el poeta falleció en Valencia. Una trombosis cerebral había sido la causa.

Aunque el latido de su débil, de su cansado corazón, apenas si se escuchaba ya. Apenas quedaba el eco de un verso:

"Tengo el presentimiento de una muerte cercana".

Escrito antes de 1924; hecho cruda realidad en 1972. Como si la "sombra eterna" hubiese sido su inseparable compañera.

ALFONSO ARMAS AYALA

NOTAS

- (1) F. González: *El Reloj sin horas* ("Las piedras de esta calle").
- (2) José Quintana: *96 poetas de las Islas Canarias*. Bilbao, 1970, pág. 217.
- (3) Vid. *nota 2*, pág. 218.
- (4) F. González: *Poesías Elegidas*. Las Palmas, 1966. Prólogo de J. Artilles, pág. VII.
- (5) G. Marañón: *Ensayos Liberales* (Colección Austral), 1947, pág. 9.
- (6) G. Marañón: Ver *nota 5*, pág. 68.
- (7) *Diario de Las Palmas*, 18, Mayo, 1963. pág. 10.
- (8) Fernando González: *Poesías Elegidas*. Selección y prólogo de Joaquín Artilles. Edic. Cabildo Insular de G. Canaria, 1966, pág. X.
- (9) Gerardo Diego: *Antología Poética*, 1932.
- (10) Antonio Machado: *Juan de Mairena*. Clásicos Castalia, 1972, pág. 107.
- (11) Vid. *nota 8*, pág. X.

BIBLIOGRAFÍA

A. Obras de Fernando González:

- Canciones del alba*, Las Palmas, 1918.
Manantiales en la ruta, Madrid, 1923.
Hogueras en la montaña, Madrid, 1924.
El reloj sin horas, Madrid, 1929.
Piedras blancas, Madrid, 1924.
Ofrendas a la nada, Valladolid, 1949.
Poesías Elegidas. Selección y Prólogo de Joaquín Artilles, Las Palmas, 1966.

B. Antologías realizadas por Fernando González:

- Poetas líricos vallisoletanos*, Valladolid, 1949.
Las mil mejores poesías de la Literatura Universal, Madrid, CIAP.
Calila et Dimna, Madrid, CIAP.
Marqués de Santillana, Madrid, CIAP.
Cuentos escogidos de Andreiev, Madrid, CIAP.
Don Juan de Molière, Madrid, CIAP.

C. Obras sobre Fernando González:

- DÍEZ CANEDO, Enrique: "El Sol", 3-IV-1923.
AZORÍN: "ABC", 2-VII-1923.
DÍEZ CANEDO, Enrique: "La Nación" (Buenos Aires), 24-I-1924.
SALINAS, Pedro: "Índice Literario", diciembre 1934.
BENÍTEZ INGLOTT, Luis: "Diario de Las Palmas", 18-V-1963.

QUINTANA, José: *96 Poetas de las Islas Canarias*, Bilbao, 1970, págs. 217-235.

VALBUENA, Ángel: *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, 1983, t. V, págs. 434-437.

Archivo Vicente Boada. Las Palmas.

Archivo Alfonso Armas. Las Palmas.

NOTA EDITORIAL

La ANTOLOGÍA de Fernando González se ha hecho con un riguroso orden cronológico. Desde "Las Canciones del Alba" (1918) hasta "Ofrendas a la Nada" (1949).

Como toda Antología, sólo refleja una muestra, tal vez incompleta, del poeta. El antólogo es responsable de la selección. En sus aciertos y en sus defectos. Se ha procurado escoger de cada libro del poeta aquello que se ha considerado más significativo: unas veces, por el tema; en ocasiones, por la dedicatoria; alguna vez, por la vestidura métrica. Las dedicatorias han servido de pauta para conocer mejor el amplio círculo amical del poeta.

Desde los primeros versos ("La Canción de la Noche"), con eco de Tomás Morales, hasta "La Luna de Castilla", con impronta machadiana, se ha procurado presentar una panorámica bien extensa de un poeta iniciado en fecha muy temprana (17 años) hasta los últimos versos (50 años). Aunque con posterioridad haya escrito algún poema, el espacio de estos cuarenta años marca el quehacer poético de Fernando González.

Desde 1950, casi hay como un silencio poético. Los años comprendidos hasta su muerte (1972) están signados por tristezas y alegrías; pero en especial, por turbación grande

de su espíritu. Cuando abandono y nihilismo se apoderaron de su ánimo.

Con todo, la Antología de sus versos debe ser espejo fiel de la trayectoria vital del hombre. Porque el verso, una vez más, es latido íntimo del poeta.

LAS CANCIONES DEL ALBA

LA CANCIÓN DE LA NOCHE

A Montiano Placeres

¡GRATO silencio en el sereno estanque!
La luna dibujándose en el agua
y la calma silente de la noche
hacen temblar emocionada al alma.

¡Todo se halla dormido dulcemente
junto al estanque de las aguas claras!
No se siente, siquiera, por sus bordes
el croar misterioso de las ranas.

En un lírico sueño todo duerme...
Solamente, sentado en la muralla
del estanque, me encuentro yo despierto,
pensando en la ilusión más deseada.

¡Orillas del estanque! Me recuerdan
las noches para mí de oro y de plata,
que pasé en el jardín junto a la fuente
hablando a solas con mi dulce amada.

Sentado en la muralla de ladrillos,
en la paz de la noche solitaria,
voy mirando, del tedio dominado,
la cara de la luna triste y pálida...

Allá, en la lejanía de mi vista,
contemplo las siluetas de unas palmas
que a la luz de la luna candorosa
me parecen figuras de fantasmas.

Mi vista, de mirar en el vacío,
se cierra, poco a poco, fatigada...

¡Dormido me he quedado sobre el muro
del claro estanque de las aguas claras!

UNA MANO MUY SUAVE...

A Anselmo Sánchez

UNA mano muy suave ha llamado a mi puerta...
¿Quién será, en esta noche de Diciembre, aterida?
¿Será, acaso, el fantasma de mi adorada, muerta,
que viene, como antaño, a endulzarme la vida...?

Oigo el eco lejano de una voz más lejana,
que llega a mis oídos imperceptiblemente,
y parece que dice: "¡Fui para ti una hermana,
cuando te hallabas solo, al Dolor frente a frente...!"

Y mi alma se invade de un temblor misterioso...
Cae la lluvia en las flores del jardín silencioso,
mientras, vuela mi espíritu a elevadas regiones...

Y al apagado golpe del llamar dolorido,
el rosal de mi vida, marchito, ha florecido
como una bendición, de blancas ilusiones.

HACIA TELDE EN LA NOCHE...

A J. Medina Miranda

HACIA Telde en la noche estival... En el coche van hablando unos hombres de farmacias y médicos. Yo estoy sordo a todo eso que es adverso a mi espíritu. Desde el pescante voy sondeando el misterio.

Bordean el camino eucaliptus gigantes que, desnudos de ramas, parecen esqueletos salidos en la calma solemne de la noche del osario sagrado de un viejo cementerio.

Vuelvo atrás las pupilas y contemplo las luces de Las Palmas, cercana; y allá lejos, el Puerto, donde hay naves ansiosas por surcar otros mares, andar bajo otros climas, visitar otros pueblos...

Me imagino que hay, —¡y se odian a muerte!— viviendo bajo el mismo palio azul de este cielo, marinos alemanes y marinos ingleses... y no es que me imagine que existen, porque es cierto...

En la playa contemplo las olas espumosas, que se rompen violentas, las arenas barriendo... ¡Oh, lucha sempiterna! ¡Oh, la lucha del mar y la tierra...! Ya ha siglos que vienen combatiendo, sin que venza la mar a la tierra potente, sin que la tierra venza al mar, coloso inmenso...

¡El coche va adelante...! La carretera, ahora,
a la derecha tiene unos riscos soberbios,
refugio perennal de las hoscas gaviotas
y lugar para nidos de fatídicos cuervos.

El túnel se presenta a nuestra vista. Tiene
un farol encendido en mitad del trayecto,
que, para evitar robos a viajeros, y choques,
prendió al oscurecer un viejo caminero.

Y, luego, las montañas secas, áridas, tristes...
¡Silencio de los campos! ¡Oh, fúnebre silencio!
¡Ayer llenos de vida, de flores y verdura,
y, hoy, de todo verdor primaveral, exentos...!

¡Tristeza de la noche, tristeza de mi alma,
tristeza de los campos, tristeza de los pueblos!

Hoy son los cementerios jardines florecientes
porque en ellos, ahora, no se entierran los muertos,
que en los campos regados por la sangre, se entierran...
¡En los campos que antaño fueron verdes y amenos!

FINAL

Atrás quedaron riscos y valles y hondonadas,
y la tierra el empuje de la mar resistiendo,
las lechuzas silbando en los riscos agrestes,
las aldeas tranquilas dormidas en silencio,
el rodar de las ruedas en el blanco camino
y, al paso del carruaje, el ladrar de los perros.
Y, al volver un recodo, contemplé, suspirando,
cobijado en el manto de la noche, mi pueblo...!

CANCIÓN DEL PEREGRINO VISIONARIO

A Claudio de la Torre

NO cruces por el camino
esta noche, visionario...

Oculto en los matorrales
está la Muerte, acechando
que pase por el sendero
un viajero, solitario,
para arrancarle la vida
deshecha en rojos pedazos.

¡No cruces por el camino
esta noche, visionario!

A MI HERMANA ANA

LA máxima pobreza de nuestro hogar, hermana,
en nuestros corazones infiltra la amargura.
Para el pobre, la Dicha está siempre lejana:
¡oculta en una noche de infinita negrura!

Y si hoy que de tu santo es el solemne día
te hallases triste y mustia y el corazón doliente,
ven a estos puros versos y busca la alegría,
aunque sean fragmentos de la triste alma mía
y esté manando de ellos mi roja sangre ardiente...

MI CAÑA

A Gregorio G. Puigdeval

ESTOY pescando, a solas, de pie sobre una roca
con una caña vieja... El mar está tranquilo...
En otras tierras tengo mi imaginación loca,
y los ojos atentos en la boya y el hilo...

Las espumas nevadas de las olas marinas
cantando, a mis pies, vienen una canción extraña.
—¡Me acuerdo de mi aldea florecida de encinas,
y de mis correrías de niño en la montaña!—

Y pienso que esta caña con que ahora pesco, un día
cuidando las ovejas, de apoyo me servía
para no despeñarme, al dar un paso en vano...

Yo amo esta caña vieja —mi única compañera,—
que he traído conmigo de la verde pradera
a morir en las ondas del soberbio océano...

LA FUERZA DE LA RAZA

A Gustavo J. Navarro

I

CONTRA Napoleón el gran coloso
luchaba sin cesar la vieja España;
sus miembros se movían al unísono
sedientos de victoria y de venganza.

El furor de la lucha movió todas
las fibras de la noble Gran Canaria...
¡Qué entusiasmo más grande reinó entonces
por ir a defender la madre patria...!

¡Los bravos granaderos grancanarios
se aprestan a esa empresa soberana!
¡Sobre las frentes llevan luz de triunfo
y el fuego del amor dentro del alma!

¡La idea toma fuerza de coloso!
¡De entusiasmo se invade Gran Canaria,
al ver que van sus hijos a la lucha
arrebataados de su amor a España!

Embarcan en seis frágiles veleros...
Sobre el tumulto de la mar se lanzan;
no temen a la muerte entre sus ondas,
al trueno rugidor ni a la borrasca,
pues saben que su muerte será gloria
porque la empresa es grande, noble y santa.

En la vasta extensión del océano
les sorprende la noche, negra y trágica...
El azul de las aguas se ha tornado
en un negro desierto... ¡Todo es calma...!

Perdidos por senderos tenebrosos
los veleros se alejan, sobre el agua...
Un rumbo extraño toma cada uno,
pero a la misma meta los seis marchan...

¡Horas de angustia sobre el mar perdidos!
¡Resignación sublime de sus almas!
¡Grandeza de sus épicos espíritus!
¡Inmensurable amor hacia su patria!

II

Ya han llegado los bravos granaderos
a Cádiz, por el corso amenazada...
¡Los frágiles veleros han vencido
a las furias del mar y la borrasca!

...Entran en lucha con tenaz empuje,
muriendo la mitad en la batalla;
los que aún quedan en pie siguen luchando,
desafiando la muerte cara a cara...

.....
¿Quién llevó a los canarios granaderos
a defender la patria amenazada...?
¡Era la noble sangre de sus venas!
¡Era la enorme fuerza de la raza!

EL CANTO PRIMERO

I

MIS diez y siete años
hoy te hablarán de amor.

—Es un secreto
el amor, me dijiste, y tú no sabes
de él porque eres niño.—

Y yo, en silencio,
recogí tus palabras reflexivas
y las guardé en el fondo de mi pecho.

Cuando llegue a tus manos
esta cadena de mis pensamientos,
quedarás asombrada de ver cómo
he sabido yo hacer mío el secreto,
cuya penetración sólo se hace
con los claros luceros
que de tus veinte años
cruzan el luminoso firmamento.

II

Mis diez y siete años
te hablarán de un amor que no tuvieron.

En mi vida, una sombra
perfumada de rosas y romero,

una mañana azul cruzó tranquila
por la diafanidad de mi cerebro.
Y la federación de mis sentidos
se fue tras la visión por el sendero.
Pero al llegar al punto del camino
donde yo y la visión amigos fuéramos,
un ser extraño apareció, de pronto,
y arrojó sombras a mis ojos... Ciego
estuve unos instantes, ignorando
lo que me había sucedido. Luego
abrí los ojos nuevamente. El alma,
como un guardián celoso, vino a ellos
a interrogarles por la sombra amada...
Los ojos sobre el campo se perdieron
buscando la ilusión inmaculada
de mi amor. A lo lejos,
igual que dos hermanos cariñosos,
conversando muy quedo,
iban la sombra y el desconocido,
rápidos, a la meta del sendero,
donde sus dos amores uno solo
se harían, bajo el palio de los cielos...

 Mi amor ha sido breve
como el fugaz encanto de un ensueño.
Y no obstante, mis diez y siete años
hoy te hablarán de amor, como los viejos...

MI DOLOR, FUGITIVO...

A Saulo Torón

MI dolor se ha alejado en el crepúsculo
con el dulce plañir de las campanas,
y se ha perdido, silenciosamente,
entre el follaje espeso que las ramas
de los árboles forman en la selva...

—¡Alma...!
tú que eres una niña sensitiva,
llena de amor y llena de nostalgia,
vuela tras mi dolor que aún es un niño
y, huerfanito, a la ventura marcha
por esos campos, que para sus labios
no tienen mieles ni frescor de agua...

—¡Qué triste es separarse de improviso
del más fiel camarada de la infancia!

Su huella seguirás a todas partes...
Le buscarás en la áspera montaña,
bajo las ramas de los viejos pinos,
entre las hierbas y las flores blancas,
en los rastrojos, en las gañanías,
en los almendros o en las viejas casas.
Al labriego primero que te encuentres
preguntarás con voz acongojada:

—“Gañán ¿has visto recorrer tu hacienda a algún mozuelo de presencia extraña? ¿O ha llamado a tu puerta algún mendigo pidiendo que le dices pan y cama...?”. Y él te dirá: “Un rapazuelo estuvo en mi alquería, y pretendió mis vacas ordeñar, pero yo llegué, preciso, y se marchó corriendo a mi llegada... ¡Por ese caminito oscuro y largo se perdió en el negror de la montaña...!”

Y tú andarás entre las densas sombras, hacia la dirección que te indicara aquel gañán que no brindara asilo a lo que hoy quiero yo y ayer odiaba... Dios te dará por ojos dos luceros para rasgar las sombras, invioladas, y con su ayuda lo hallarás dormido, cuando comience a despuntar el alba, bajo las frondas de los limoneros, entre la exhalación de sus fragancias... Tú le dirás que espero su regreso tras el claro cristal de mi ventana, callado y pensativo, con la vista perdida sobre la llanura parda, y le traerás de manos, como a un niño, hasta el tosco portal de mi morada...

Él llegará como la noche, negro, tú llegarás como la aurora, blanca... Llegaréis tempranito, tempranito, con el primer albor de la mañana... Traeréis aromas en la cabellera y sabor de panal en las palabras y entraréis como reyes victoriosos en la humildad serena de mi casa... Mi corazón, que ensimismado y triste, esperando estará vuestra llegada,

al portal de mi pecho saldrá a daros
una acogida cariñosa y franca.
¡Y volveréis a ser mis tres amigos
únicos...! (¿Por mi bien? ¿Por mi desgracia?).

Temblando de emoción y de alegría,
al conjuro sutil de mis palabras,
por entre los espesos olivares
en busca del dolor se fue mi alma...

MANANTIALES EN LA RUTA

LA CARRETERA BLANCA

A Domingo Rivero

CARRETERA blanca de mi pueblo. Lento
caminar del coche por sus curvaturas...
Carretera hecha para el sol y el viento
y para el olvido de mis amarguras.

Yo siempre que viajo voy en el pescante,
enfermo de sueños y misantropía,
con los ojos fijos en lo más distante,
buscando el camino del próximo día.

Y las horas pasan y el coche camina,
en el mar cercano bogan dos veleros,
el sol en los montes lejanos declina,
y mi alma vaga por otros senderos...

Esta carretera para mí es camino
hecho para el gusto de mi corazón,
al par que en lo ignoto soy un peregrino
que lleva en sus alas la imaginación.

El campo está lleno de árboles frutales,
entre sus ramajes se escucha una voz,
y las amapolas, entre los trigales,
parecen las huellas de un crimen feroz.

Ladran los mastines de viejos pastores,
y acoge mi alma sus fuertes ladridos,
que para su joven ternura son flores,
rumores de fuentes y cantos de nidos...

¡Casas de la orilla de la carretera
de techumbres rojas y puertas cerradas,
tenéis el cariño de mi alma viajera
oculto en el polvo de vuestras fachadas!

¿No hay una muchacha bella y ruborosa
que se asoma al marco de vuestras ventanas,
cuando es oro el cielo y es la tarde rosa,
y en los corazones hay son de campanas?

¿Qué viajero extraño la suerte ha tenido
de escuchar un canto tras esas vidrieras,
en cuyos cristales el polvo ha vencido
a todos los vientos de cien primaveras?

¿Qué sol, de qué día, de qué mes del año,
penetró hasta el fondo de estas casas viejas
que en silencio dicen historias de antaño
que aún saben sus largas techumbres bermejas?

...Los caballos trotan arrastrando el coche,
mis ojos se pierden en la lejanía,
los montes azules anuncian la noche
y en mi alma brota la melancolía.

¡Los árboles verdes se quejan al viento...
el mar oscurece su azul cristalino;
mi corazón tiembla, y mi pensamiento
recoge el encanto total del camino...!

EL POETA REGRESA ENFERMO

A Julián Torón

¿DÓNDE dejé la salud
que traje ayer de mi pueblo?
Hacia la casa nativa
voy por el viejo sendero,

por donde ayer, fugitivo,
fui a buscar caminos nuevos...
Tenía dieciséis años;
era un pálido mancebo

que jugaba con los niños
y charlaba con los viejos...
Ya un amor muerto tenía
en lo más hondo del pecho...

Ya amaba, y de tanto amar
me iba muriendo en silencio...
Yo fui el mejor de la casa
—todos en casa eran buenos—,

y cuando hablaba, tenía
todo el corazón abierto...
La inmensa melancolía
que flota sobre mi pueblo,

la recogí y la encerré
en la prisión de mis versos.
Y así, por este motivo,
iba rimando en silencio

el dolor que otros sentían
en sus almas y en sus cuerpos.
—¡Divina melancolía,
más grande que el pensamiento!

Mi corazón era un niño
y te dio asilo en su huerto;
él te enseñó a ti a ser niña,
tú le enseñaste a ser viejo...

Y en mis canciones había,
siempre, un extraño concierto
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Salí del pueblo nativo
buscando caminos nuevos...
Mi corazón iba limpio,
lleno de un júbilo inmenso,

soñando, soñando... ¡tanto
que aquel futuro es, hoy, sueño...!
La mañanita de junio
era de oro y de embeleso,

el cielo era como el mar
y el mar era como el cielo...
Yo era una gran mariposa
con alas de pensamientos.

Por el camino del hoy
iba al mañana directo...
"¡Mañana!" ¡Y era mi alma
un ruiñón prisionero...!

Por el tortuoso camino
iba murmurando versos
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Hoy vuelvo al solar nativo
por el antiguo sendero...
El alma está todavía
hilando copos de ensueño,

la ilusión es infinita
y el corazón más abierto...
¡Pero el dolor de la carne
me va consumiendo el cuerpo...!

Con el rostro demacrado
doy la sensación de un muerto...
Tengo los ojos hundidos,
como mirando hacia dentro;

los labios muy amarillos
y torpe el andar ligero...
Pero contra el cuerpo, que es
delicado y pasajero,

lo que es eterno culmina:
corazón y pensamiento...
Sobre el dolor de la carne,
que van mordiendo unos perros

desconocidos, el alma
se mueve mucho más lejos
que cuando por vez primera
fue a buscar caminos nuevos...

Los eucaliptus gigantes
y los verdes limoneros
pondrán una savia virgen
en las venas de mi cuerpo...

Mi cuerpo será una cárcel
para el dolor que ahora siento.
Y una mañana de abril,
llena de aromas y viento,

 saldré del pueblo nativo
por el familiar sendero,
siendo todo corazón,
esperanza y pensamientos.

 Habrà en la mañana azul
son de campanas y besos,
y cantaràn las alondras
y yo iré diciendo versos.

 Y atrás quedará la casa
esperando mi regreso,
para tener alegría
y florecer de recuerdos...

 ¡Y estará el alma en la casa
cuando esté el cuerpo más lejos...!

PALABRAS DE MI PADRE

A mi hermano Víctor Manuel

"HAY que ganar el pan de la familia
de la mejor manera que se pueda"
—dijo mi padre anoche, cuando todos
nos sentamos en torno a la mesa.

Mi padre tiene una mirada grave
y unos hilos de plata en la cabeza:
todo el poema del que ha sostenido
el peso del hogar, en esta guerra...

Esta guerra, que a Europa inundó en sangre,
inició en nuestra casa la miseria,
pero mi padre, con sus fuertes brazos,
la echó a la calle y atrancó la puerta...

Y las palabras de mi padre han sido,
para los siete hermanos, la sentencia
definitiva; una sentencia breve
que sirve de telón a una tragedia.

Y el pensamiento de los tres hermanos
mayores sale al amplio campo, en esta
noche de nuestra vida y nuestro día,
para buscar la luminosa senda...

Tras la muralla del presente, mi alma
quiere ver el mañana... ¡Una tristeza
cruza por el silencio de la estancia...!
Los tres hermanos más pequeños cenar...

Mi padre alza sus ojos pensativos
y a descansar los pone en mi cabeza...
¡Yo siempre fui el enfermo de la casa
y eso conmueve la piedad paterna!

"Me moriré mañana" —habrá pensado
mi padre en su meditación perpetua—,
"y quedará mi casa como un barco
que pierde al capitán en la tormenta..."

"¡Les abriré el camino de la vida!
La luz, aún clara, de mi inteligencia
alumbrará sus pasos.

Y mañana
me iré, sin que me vaya, de la tierra..."

ELEGÍA DE LOS LAURELES

A Luis Doreste

LAURELES de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán;
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
el recuerdo sólo queda
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan.

Ayer, cuando yo era niño, bajo vuestra sombra grata
tuve un amoroso amparo para mis sueños primeros.
Bajo vosotros, al viento di la pueril serenata
que puso a mi alma en la ruta de los líricos senderos.

Por vuestro influjo mi alma fue toda ternura sana.
La savia de vuestros brazos tengo en mis venas, ardida.
¡Fuisteis la risa y el llanto de la olorosa mañana
de mi vida!

Erais el pasado vivo de cuatro generaciones
que a vuestra sombra aprendieron a amar, como amar
[debían;
y de vuestra reciedumbre nutrieron sus corazones
que ante vosotros, ya ancianos, como las rosas se abrían.

Vosotros el adiós último disteis a los que se fueron,
cuando la brisa agitaba vuestros penachos de gloria,
y coronasteis las frentes de los hijos que volvieron
con una estrella en la mano para clavarla en la Historia.

Todos supieron un día de vuestro amor de patriarcas
—cuando vagaron perdidos por caminos inseguros—
y ante el sagrado recuerdo volcaron las hondas arcas
que encerraban el tesoro de sus cariños más puros.

Erais la alegría máxima de la alameda florida.
Erais el orgullo nuestro y el honor de nuestra raza.
¡Cuando en la guerra del tiempo quedó la ciudad vencida,
erais un resto guerrero que custodiaba la plaza!

...Y esta mañana ha temblado la ciudad, súbitamente...
¿Quién estremece las almas y al pueblo llena de espanto?
El corazón, angustiado, una tragedia presente...
Hay un dolor que se mira en las pupilas sin llanto.

¡Son los laureles ilustres que el huracán ha vencido!
¡Están en tierra! ¡Sobre ellos el sol se deshace en oro!
¡Hasta la tierra parece quejarse en un vago ruido
y el propio viento en las ramas deja susurros de lloro!

Las campanas de la iglesia de San Juan lloran al viento;
los hondos valles devuelven, en un eco, su amargura...
El campo, sobrecogido, siente un estremecimiento
que de los árboles hace caer la fruta madura...

Ante los restos gloriosos hay un desfile de duelo.
Toda la gente ha venido, sollozando, esta mañana
a la plaza de San Juan, a contemplar en el suelo
¡a los que un día retaron a la estrella más lejana!

Mañana no quedará ni una sola rama vuestra,
¡abuelos, padres, hermanos, amigos y compañeros!
¡Hasta el último pedazo rajará el hacha siniestra!
¿Iréis, como otros patriarcas, a sentaros a la diestra
de Dios, por algún camino tembloroso de luceros?

Laureles de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán,
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
¡el recuerdo sólo queda
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan!

SED

"TENGO sed, tengo sed!", con voz transida
grité a la vida, mi Samaritana,
y en un ánfora, al par tosca y pulida,
agua me dio a beber de su fontana...

Tanto bebí del líquido sabroso
que el pecho me abrasé; de tal manera,
que por su raro influjo misterioso
lo que era sed se convirtió en hoguera...

Indagué la razón de tal castigo...
¡Nadie me contestó! Solo conmigo,
el corazón sus formas dilatava,

y en una interna vena que fluía,
agua y más agua sin cesar bebía,
¡pero la sed de amor no se apagaba!

LA ÚLTIMA NOCHE DEL NIÑO ENFERMO

A Josefina de la Torre

¡TODA la noche la puerta abierta!
¿Alguien ha entrado, mi dulce hermano?
—Sólo la brisa salvó la puerta...
¡Sentí su roce sobre mi mano...!

—¿Nadie ha llamado por mí, hermanito?
—Nadie ha llamado, mi buena hermana.
Sólo vi un pájaro pequeñito
en el alféizar de la ventana...

—¿Y no sentiste, mi hermano puro,
inclinaciones de ir a cogerlo?
—La casa estaba tan en oscuro
que tuve miedo sólo de verlo...

—¿Nadie ha venido cantando amores?
—Nadie ha venido cantando, hermana.
¡Sólo unos perros madrugadores
sentí ladrando por la solana...!

—¡Era la noche tan clara y bella!
—¡Ya en el espacio no hay luz alguna!
—¿Quién ha robado la última estrella?
—¡Era la estrella de mi fortuna!

—¡No tengas pena, mi dulce hermano!
¡Traerá la aurora tanta alegría!
—¡Sobre mi alma tiene su mano
puesta una sombra perenne y fría...!

En vano quiero lanzarme al viento...
Ser cual un ave de audaces alas...
Mas sólo vuela mi pensamiento...
—¿Por qué, hermanito, tal queja exhalas?

¡Por qué aún no viene la limpia aurora!
—¡De azul y oro vendrá vestida!
—¡Conté la noche hora por hora,
porque se hiciera mayor mi vida!

—Ahora en el alma tengo un lucero...
—¡Llena la casa de luz, hermana!
¡Que se ilumine todo el sendero!...
¿Quién me ha llamado tras la ventana?

¡Ya tengo miedo, y estoy contigo!
¡Atranca puertas y ventanales!
¡Que no se quede ningún postigo,
para que no entren los vendavales!

¡Llena de lumbre la casa oscura!
¿Dónde te escondes, hermana?... ¡Hermana!
¡Ay, que estoy solo con mi amargura
y están llamándome a la ventana...!

EN LA TRANSMUTACIÓN DEL MAESTRO

Tomás Morales,
† 15 agosto 1921.

EN el regazo ardiente de la ciudad dormida,
cuando sobre las cumbres se iba a poner el sol,
han quebrado las parcas la hilaza de una vida,
prestigio de los dioses, de las musas amor...

Frente a la mar atlántica —bajel donde su gloria
ha de surcar las ondas de las Eternidades,
donde un rumor perenne conserva la memoria
del hijo primogénito de las Divinidades—,

¡murió el cantor egregio del Bosque y de la Mar!
¡Calló la voz solemne del rapsoda divino
que supo entre las redes del sueño aprisionar
el tesoro secreto del corazón marino!

¡Ante el dolor profundo calle la lengua humana!
—Nadie su voz levante frente a Alcides, dormido,
que cada nuevo día despertará mañana
por continuar el arduo trabajo suspendido...—

Mirad cómo las cumbres nos dicen su amargura,
mientras que sus entrañas conmueve un huracán,
y apenas riza el viento la comba azul llanura:
¡todos los elementos con nuestro duelo están!

Frente al vital fracaso la esperanza perdura...—
¡No ha muerto! Por un bosque de frescas rosas bellas,
cortejado de dioses, adentró su figura
nimbada de una intensa fulguración de estrellas.

Y en el silencio inmenso del paraje nocturno,
entre chafar de hojas y aromas de rosales,
pasan, desafiando las iras de Saturno,
con el poeta augusto, los dioses inmortales.

Se oyen sus claras voces vibrando entre el ramaje
de la amplia selva. Apolo comienza su cantar,
cuando el recinto invade, cual bárbaro homenaje,
la bronca sinfonía del júbilo del mar.

Pan a sus labios lleva la flauta cristalina,
su son llena los cuatro sentidos cardinales,
y hace temblar el alma pétrea de la colina
donde tienen su asiento los dioses patriarcales...

Y mientras Diana bella, mirando al dios, suspira,
Apolo, arrebatado de lírica bravura,
tañe, como un mancebo, la melodiosa lira,
¡tal, que se le creyera tocado de locura!

Viola su canto el virgen silencio del bosque;
sobre los cuatro vientos la novedad pregonar;
dice su voz: —Ha vuelto de su terreno viaje
el vástago heredero de mi imperial corona—.

De pronto, suenan voces de gente que camina
al centro de la selva; donde el gentil Cantor,
bajo la espesa fronda de milenaria encina,
tiene a la esquivia Diana prendida de su amor.

¡Son los dioses! Se acercan con temeroso paso.
—¿Por quién rompen —preguntan— la perennal quietud?
—¿Hay algún astro nuevo temblando en el Ocaso?
—¿Es un nuevo secreto de eterna juventud?

Todos indagan; todos ven al Desconocido
curiosamente; alguno, de un vago modo, evoca
en él la gentileza de un joven dios perdido,
que era alma de oceano y corazón de roca.

Y Apolo aclara: —Triunfo de mi anhelar doliente,
ha vuelto el hijo pródigo a los paternos lares
de su excursión audaz por tierras de Occidente,
sobre las jadeantes espaldas de los mares.

Yo le creí perdido; mas al Ocaso vino
teniendo una guirnalda de rosas en la mano,
¡fuerte!, y encadenada la gloria a su destino,
con el poder divino y el atletismo humano...

Por su retorno sea colmado de tributos,
frente a la mar que canta y al bosque que suspira,
y en tanto que se aportan los varios atributos,
yo coloco en sus manos la gloria de mi lira...—

Dice, y su voz domina todas las voluntades.
Cada uno el presente de su atributo apresta,
y hay en los rostros graves de las divinidades
un resplandor de llama y un júbilo de fiesta...

Marte el primero avanza; a sus bravas legiones
hace presentar armas ante el triunfal caudillo;
Eros trae un carcaj para los corazones,
y Vulcano su fragua, su yunque y su martillo.

Pomona porta un cesto de frutas olorosas;
Baco preside el cuadro de sus vendimiadores
que, CUBIERTAS CON PÁMPANOS LAS PARTES
[PUDOROSAS,
muestran los prietos frutos de sus viñas mejores...

Ceres hace el presente de sus trigales de oro;
Minerva da la clave de su sabiduría,
Mercurio trae la bolsa que guarda su tesoro,
y Momo la sonrisa de su eterna alegría.

¿Y Diana? ¡Nada ofrece! Absorta y distraída
en la contemplación del Bardo, deleitosa,
no habla, hasta que Apolo, con elocuencia ardida,
la mueve a que formule su oferta... Presurosa,

Diana reclama el cuerpo del joven dios humano:
siente su carne inquieta de comezón lasciva,
y ella, que es vencedora de Zeus soberano,
tiene el alma en el gesto del rapsoda cautiva.

Todos los ojos miran, extáticos, a Diana;
que al dios, en un acceso de voluptuosidad,
frenética y desnuda, ¡tal como una manzana
quiere entregarle el fruto de su virginidad!

Tal, cuando de la parte del mar, Venus asoma
anunciada por suaves tonadas de sirenas,
que mientras ella asciende por la ondulada loma,
tienden sus rosadas carnes en las arenas.

Los dioses se contemplan estupefactos: clama
Diana la posesión viril del dios mancebo,
y se abraza a su cuerpo cuando Venus le llama,
y él adelanta el paso, a un desposorio nuevo...

La confusión se adueña del concurso divino.
Venus y Diana luchan... Y EN MEDIO, EL DIOS;
[SERENO...

Helios a rodar echa su carro matutino,
y Eolo a sus violentos vientos desata el freno.

En la playa, Neptuno sobre su esquife espera;
sirenas y tritones forman alegoría;
y, mientras en la selva la lucha persevera,
como un fastuoso manto que todo lo envolviera,
sobre la mar se tiende la clámide del Día...

EL MUELLE VIEJO

A Francisco de Armas

EL sol sobre las cumbres bermellón y oro amasa...
El cielo azul enciende su vespéral lucero...
Rozando las paredes de las tabernas pasa
la figura romántica de Domingo Rivero...

El muelle viejo tiene para toda esta gente
que ya acabó de hilar su lino de ilusiones,
calor de hogar... De niños vieron partir a oriente
las olímpicas velas de las embarcaciones.

Aquí Tomás Morales sintió su Mar, un día,
mientras entre unos viejos alguna historia oía,
con la mirada fija sobre la mar azul;

creyéndose, en un rapto lírico de poeta,
*"el capitán noruego del bergantín goleta
que zarpó una mañana con rumbo a Liverpool..."*

PERROS DE LOS CAMINOS

A Agustín Doreste

PERROS de los caminos,
hoy viene al campo vuestro amigo a veros.

El alma mía tiembla como un niño,
pero tiembla de amor y no de miedo.

¡Amigos míos, puros,
amigos verdaderos!
Si yo tuviera el corazón sano
lo pusiera a cantar en el sendero,
perros de los caminos de los campos
que saludáis, ladrando a los viajeros.
¡Viajeros de la tarde y de la noche,
peregrinos del sol y del misterio!

Perros de los caminos,
hoy vino al campo vuestro amigo a veros.

¡Vuestros ladridos esta tarde tienen
un ritmo de canción para mi ensueño!

ALIENTO

A Pedro Perdomo Acedo

LA tempestad se rinde y la esperanza
surge de su derrota...
Hay que aguardar el alba
para apresar el águila caudal de la victoria.
El alma está, como unos ojos, fija
en la oportuna hora...
Espera y calla; el pensamiento clava
sobre las rocas bravas de la costa,
y mira abajo, al mar:

Sobre la playa
revuelan las gaviotas...
¡Contra los arrecifes de la noche
lucha la nave blanca de la aurora!

EL PENSAMIENTO SOBRE EL MAR

SOBRE el mar esta noche
se ha perdido, soñando, el pensamiento.
¿Ha perdido su ruta
o ha encontrado el camino verdadero?

Su retorno a la playa
lo anunciarán el mar y los luceros,
con un silencio hondo
y un derramar de lumbre por los cielos;
o habrá borrasca sobre el agua, y sombra
y sombra... y sombra, en el espacio inmenso.
¡Según la buena o mala
nueva que traiga al alma en su regreso!

EL FINAL DE LA RUTA

AQUÍ empieza la noche, aquí acaba la ruta...
¡Detente, caminante;
que interrogué tu alma la tiniebla absoluta
que se extiende delante
de ti!

¿Sabes tú dónde su límite termina?
¿No ves cómo, abrazando la pavorosa entraña,
hay una sombra enorme que sobre ti se inclina,
en cuya diestra mano sin formas se ilumina,
como una media luna siniestra, una guadaña?

¿Vuelves los ojos? Mira:
todo de nieblas densas tu alrededor se llena...
¿No oyes en los silencios un alma que suspira
porque le han libertado de la vital cadena?
¡Querer retroceder es en vano! La ruta
la han desaparecido los rudos temporales...
Se han cerrado las puertas de piedra de la gruta
e intentar salir de ella será inútil empeño...
¡Sólo un remedio puedes hallar para tus males!:
¡Beberte el acre vino de tus viñas carnales
y entregarte a la Nada todo embriaguez o
sueño...!

HOGUERAS EN LA MONTAÑA

MOMENTO DE PARTIDA

A Adolfo Febles Mora

LAS doce. Claro día de mayo. El mar, activo
por la gracia del sol —gallardo mozo—, aguarda
impaciente la carga sobre su lomo esquivo,
que comience su viaje la nave, que ya tarda

en partir... —¡Tú me llevas, vieja nave insegura,
a un lugar por el que mi áurea ilusión renace!
¡Puente de mi pasado a mi vida futura,
si en ti un contento muere, una alegría nace!...

Mañana, nave antigua, sé llama en mi memoria
vaga... Como una madre, en mi recuerdo impera,
pues abres una nueva etapa de mi historia
robándome al regazo de la natal ribera...

...Tráfico a bordo. El puerto tranquilo muestra vida
plena, cual el navío hacia el azul se lanza,
cual figura de un viejo retablo desprendida...
¡En la proa, mis sueños son velas de esperanza!

Navega. El mar, añil. Todo oro el sol. Mi frente
es cuna y sepultura de anhelos e ilusiones...
A medida que el barco camina hacia el oriente,
siento cómo a la brisa se ensanchan mis pulmones.

Neófito viajero, miro la lejanía
enternecido: el muelle y los montes lejanos
me dicen adiós con igual melancolía
que los adioses de esos sombreros y esas manos...

Entre dos horizontes, creo que el barco se hunde
cual en un pozo... ¡y flota! ¿O me hundo yo, viajero,
en mi pequeñez —sombra que todo lo confunde—,
hoy que sobre el mar busco mi rumbo verdadero?

Ya el puerto, en la distancia, es una sombra vaga,
una quimera errante, un sueño que se esfuma...
¡Junto a la negra costa mi corazón naufraga
y hacia la isla vuelve convertido en espuma!...

De lejos aún percibo la tierra, en el letargo
del mediodía...

—¡Adiós los rumores del puerto!
¡Adiós!—

El viento sopla, como un suspiro largo...
Y la ceñuda angustia produce un sueño amargo
que rinde, y que no deja dormir ni estar despierto!...

AL POETA VICENTE BOADA

DICE el tiempo, Vicente, que todo lo termina
con esa acción profunda 'que su silencio expresa;
que da y quita a las almas la juventud divina,
y que somos las víctimas de nuestra misma presa...

Pero en la mocedad no angustia el tiempo duro:
y el alma virgen, plena de inaugural amor,
va del yermo de Séneca al jardín de Epicuro,
cultivando la tierra y aspirando la flor...

Nada importa, un momento, la inquietud del mañana;
no se piensa, a la aurora, en la noche sin luz...
Perdió Adán el Edén por gustar la manzana...
Jesús, en el pesebre, no pensaba en la cruz...

A la hora presente no hablaré del futuro;
el recuerdo me lleva por las rutas de ayer;
yo soy débil y niño, y el paraje está oscuro;
tu amistad sea el fulgor que en la sombra haga ver...

Hoy que ha vuelto a juntarnos el arbitrio del sino
en un cerro distante de la orilla del mar
Atlántico —camino que nos borró el camino—,
nuestro afecto perenne pondere mi cantar...

Que, a pesar de flaquezas por mi parte, un fraterno
yugo, puesto a las almas, siempre unía a los dos:
yo, cansado, y tú, erguido como un árbol eterno,
¡porque estás poseído de la gracia de Dios!...

La creencia ferviente fue mano en tu camino
—agua de San Juan y sabia predicación de Pablo—,
mientras, loco de duda, vacila mi destino
frente a la cruz de Cristo y a los cuernos del diablo...

Pero hay algo tan grande como Dios y tan puro,
en que son nuestras almas dos rutas paralelas,
dos magas tenedoras de un divino conjuro,
dos jinetes audaces con penachos y espuelas...

¡Es el arte —“el supremo vencedor”—, la poesía!:
amasiijo de astros con la sangre del sol,
luz de llama invisible más potente que el día,
de lo humano y divino portentoso crisol...

Mas tu voz no es el agua que se encrespa en las peñas,
ni el rumor de las selvas que agita el huracán;
tu verso es manso y limpio; miras al mundo y sueñas...
Eres bueno. Yo hago mi hostia de tu pan...

Tu canto del silencio del agrio sur proviene
—dulce temblor encima de eriales y de prados—.
Y cuando, temblorosa, hasta mí llega, tiene
tu íntima voz el fuego de los predestinados...

Cantas los secos campos de tu niñez tranquila,
la voz de los pastores, los ásperos jayanes;
la paz que amó Virgilio, bordada por la esquila
de una oveja..., la esterilidad de los afanes...

Celebras los instantes de placidez amiga,
ante la casa antigua de los abuelos sanos,
y el alma tuya, limpia de pena y de fatiga,
tiembla de amor, en medio de los niños hermanos...

¡Y el amor! Y la casta doncella preferida,
esa que no ha llegado todavía a tus manos,
pero que tú has cantado con esplendor de vida,
junto a las sombras vagas de los momentos vanos...

(¡Oh, mujeres agriadas por todos los desvíos,
corazones que vienen, en la estela lunar,
de rincones de niebla, con los gestos sombríos,
a endulzar su amargura en las sales del mar!...)

Y los hombres —navíos de un océano eterno—,
y la vida —manzana de epiceno sabor—;
son dos alas de arcángel en un cuerpo de infierno,
oleadas de ira con espumas de amor!...

Dios, a esta hora, habrá alzado sus doseles de bruma
sobre el Nublo, merlón de la isla natal;
dirá el mar a las rocas ditirambos de espuma,
y habrá el puerto cerrado su puerta universal...

Mi alma se va a esa roca bien amada del mar,
donde pasaron nuestros primeros años puros,
donde aprendimos —viendo las olas— a soñar
en la prosperidad de los días futuros...

CONTERA

Venza tu canto al tiempo que todo lo termina;
al que te hiera, dale tu cántaro de miel;
que la emoción emane de tu profunda mina;
que te adoren los astros y te ilustre el laurel...

¡Tiende, altivo y sereno, hacia el alba tu paso!
¡Sé un guerrero del mundo con las alas de un ave
—¡conjunción ideal de centauro y Pegaso!—
que logre detener al sol en el ocaso
—¡Josué o Dios!— aunque todo con el tiempo se acabe...

¿Todo lo acaba el tiempo? Dame la mano, amigo;
mi corazón te acoge con emoción fraterna,
y mi alma —monja triste— se asoma a su postigo
para mostrarte el árbol de la amistad eterna!...

ANTONIO MACHADO

Dos ojos que avizoran y un ceño que medita.

ANTONIO MACHADO

SUS solitarias galerías puebla
de músicas, recuerdos y cantares,
él, que duda de Dios y entre la niebla,
busca al que anduvo a pie sobre los mares...

No es de marfil su torre, es de granito,
—en la honda tierra sus raíces graves
y el claro pensamiento en lo infinito—.
Hermano es de las flores y las aves.

¡Bondad recoge el sembrador de bienes!
Mas no corten laurel para sus sienes,
nada en su honor la voz del vulgo clame,

que él es silencio, soledad, camino...
Y el día que la muerte lo reclame
se irá, monologando, como vino...

ORILLAS DEL RÍO

A Max Aub

POR la orilla del río
van tres doncellas,
en las aguas del río
buscando estrellas...

Mi corazón sombrío
se va tras ellas,
en las aguas del río
cazando estrellas...

¡Qué doncellas, Dios mío,
estas doncellas,
que en las aguas del río
buscan estrellas!

¡Nunca los ojos míos
vieron más bellas
doncellas, en los ríos,
que estas doncellas!...

Por la orilla del río
son tres estrellas;
mi corazón sombrío
se alumbra de ellas...

¡Oh, Señor mío,
quién fuera ahora una orilla
del claro del río!...

HABLA EL MANANTIAL

A Enrique de Leguina

MAR, soy un manantial que a ti me llego
casi temiendo que mi amor rechaces...
Sé que es más fuerte cualquier ola tuya
que todo mi caudal, ¡pero no importa!...
Yo traigo aromas de lejanos valles
en las flores que arrastro; en mi hondo espejo
se han mirado las mozas campesinas
de ojos de fuego y de mejillas sanas...
En mis orillas, los pastores niños
apacientan sus bíblicos rebaños
al son de los silvestres caramillos...
No tengo en mi ribera
las grandes rocas que tu orgullo exaltan;
son de arena mis márgenes; de arenas
propicias al halago de mis aguas,
que apenas hasta ellas me aproximo
se pierden en mis ondas,
como soñando en un lugar lejano...

Los árboles del monte
y las aves sedientas de la umbría
hacen música y cantan a mi paso,
como si agradecieran el cariño
con que yo les entrego mi frescura...
Soy humilde y tranquilo;
no tengo fama ni sonoro nombre

que en ti me valgan para que me aceptes,
¡oh, gran mar, tan potente y descontento
de tu propio dominio! ¡Mar cautivo
de tu propio poder! ¡Mar amargado!...
¡Acéptame en tu seno; no como ola
—que es demasiado honor a mi pobreza—,
sí para hundirme en las arenas finas
de tus playas de oro y endulzarlas!...

Las montañas natales
me impulsan hacia ti, y a ti me llego
con esa mansedumbre que he aprendido
de los prados que alegran mis riberas...
Sé que es menor toda la fuerza mía
que el aliento inicial de una ola tuya,
¡pero puedo mostrar poder!: El monte
me hace camino... Soy, si manso, fuerte...
Así me llego humildemente a ti,
casi temiendo que mi amor rechaces...

CANCIÓN DE AMOR PASAJERO

DEJÉ en la mano de Laura
mi corazón,
y el aura
se lo llevó...

Era un amor pasajero
mi amor,
y ella era pasajera
de permanente traición...

Cuando en la mano tenía
la joya de mi pasión,
estaba brillando, rojo,
el sol...

Un día cerró la mano
y en polvo me convirtió
el ingenuo
corazón.

Luego aventó las cenizas...
¡y el viento se las llevó!...
Y ahora vivo sin Laura
ni corazón...

TIERRA ADENTRO

DE la orilla del mar traigo
mi canción para tus labios...
Yo la traje
para que tú la cantaras
por los caminos del valle...

Por los caminos del valle
te la oirán los caminantes...
Junto al río y bajo el sol,
cuando cantes, has de ser
ola, espuma y caracol.

Ola, espuma y caracol
la armonía de tu voz...
Campesina: de tus labios
¡brotará el mar hecho música
sobre las piedras del campo!

Sobre las piedras del campo
irá tu acento rodando
como una ola en el mar;
tu cuerpo será la espuma
y el caracol tu cantar...

¡Espuma de canto y campo,
deja que te dé mi mano
—mi mano es mi corazón,
mi corazón es el mar—,
antes que te oigan cantar
por el campo, mi canción!...

EL TIEMPO APURA

A Félix Marrero

AMIGO mío: el tiempo apura.
La juventud se va a acabar,
y la obra hecha es insegura...
Amigo mío: el tiempo apura;
hay que ponerse a trabajar...

Amigo mío: el tiempo apura.
Yo estoy inquieto como el mar
y está la carretera oscura...
Amigo mío: el tiempo apura;
la juventud se va a acabar...

Amigo mío: el tiempo apura.
Pasó la hora de vagar,
y la labor el triunfo augura...
Amigo mío: el tiempo apura;
yo estoy inquieto como el mar...

Amigo mío: el tiempo apura.
La rueda no podré parar
de este instrumento de tortura...
Amigo mío: el tiempo apura;
pasó la hora de vagar...

Amigo mío: el tiempo apura.
La vida se nos va a pasar
en sueños y literatura...
Amigo mío: el tiempo apura;

Amigo mío: el tiempo apura.
La muerte pronto ha de llegar...
Amigo mío: ¡qué amargura
morir sin obra que dejar
a la perpetuación futura!...

Amigo mío: el tiempo apura,
y hay que ponerse a trabajar...

EL RELOJ SIN HORAS

PRIMER VIAJE

¡AHORA sí que vamos, alma,
camino de una tierra nueva!

Dame la mano, hermanita
pequeña,
que estás vestida de viaje,
siempre asomada a la puerta,
soñando llegar un día
a las ciudades que sueñas!

Dame la mano, que ahora
nuestra mirada contenta,
va a ver el agua corriendo
por otras tierras...

¡Hay que despedir al pueblo
con el adiós de una hoguera!...
Como es invierno, alma mía,
y está húmeda la leña,
hazte tú misma una llama
eterna!...

En el camino, mis plantas
dejarán sus huellas...

Alma que vienes conmigo
y que en el pueblo te quedas,
que ardiendo estés todavía
cuando yo vuelva,

junto al portal de la casa,
¡pero que nadie te vea!

¡Sí! Que hoy nos vamos camino
de una tierra nueva...

Hemos de caminar mucho...
¡El horizonte es de niebla!

¡Dame la mano, hermanita
pequeña!...

LABOR HASTA EL REPOSO

A Federico García Lorca

CUANDO llegue al final de mi *camino*,
nada diré... Estrecharé en silencio
las manos que llevaron mi caballo
del cabestro;
me sentaré a la puerta de la casa
sobre la piedra grande... Por el cielo
haré vagar la *yunta de mis ojos*...
Amaré mucho, sin mostrar el fuego
sino en la hora oportuna...
A medianoche sembraré los yermos,
para que todos tengan pan un día...
¡Encenderé una hoguera en el sendero
del caserío oscuro!...

Y desde entonces
podré pensar en conciliar el sueño,
¡un sueño manso, en el que no hay respiro
y en él único lecho duradero!...

CONSEJO

A Eugenio Montes

¡NUNCA desandes el camino andado
por un leve cansancio, pasajero!
La tierra es dura y la ilusión nos lleva
adelante, por ella. El retroceso
fuera apagar la lumbre que nos guía,
para, al fin, no saber el rumbo cierto.

¡No desmayes, amigo caminante!
Oye el consejo mío:

"Caminemos
sin cesar, que algún día
a donde deseamos llegaremos...!"

DESPUÉS DEL ÁNGELUS

A Pedro Garfias

ESTÁN
sobre el cadáver del día,
los crespones de la noche
y responsos de luceros.

Las crestas de las montañas
son candelabros, y en ellos
se consumieron los cirios
de este funeral constante.

Y nadie sabe en qué tierra
se pudrirán los despojos
del día...

En la vasta hoguera eterna,
el día es toda la llama
y la noche la ceniza...

Sobre el cadáver del día,
como el beso de las horas
—sus hijas desmelenadas—,
coloco mi pensamiento...

¿Es mortal esta envoltura
que nunca se descompone?

¡Alguien me ha dicho al oído!:
—El día no muere nunca,
se inicia y termina siempre
en las pupilas humanas...

LA NOCHE EN VELA

A Manuel de Terán

NO me dormiré en la orilla
que puede arrastrarme el agua...
Pasaré en vela la noche
hasta que llegue mi barca...

No sé si le diré adiós
al mundo de mis espaldas,
o partiré sonriendo
en busca de otra mañana.

Sé que dejaré mis huellas
sobre la arena mojada;
acaso un alma vendrá
a borrarlas con sus lágrimas.

Yo me alejaré en la noche
por el río que no acaba...
Ya estará mi corazón
purificado de ansias...

Las luces de la ribera
le harán señas a mi alma:
me pondré a contar estrellas
para evitar la celada...

¡Cuando acabe de contar
será el principio del alba:
el sol mostrará la ruta
en el ébano del agua!

¡Y en vela estaré en la noche
hasta que llegue la barca
en que he de cruzar el río
del término que no acaba!

LAS PIEDRAS DE ESTA CALLE

A Antonio Marichalar

LAS piedras de esta calle
se sabían mi nombre de memoria,
de tanto que mi madre me llamaba
en los años primeros,
cuando yo de la casa me salía
sembrando la inquietud dentro de casa...

¡Cómo corrí, descalzo, por las piedras
de mi calle natal! —Éramos pobres,
y de niños teníamos zapatos
sólo para calzarlos los domingos—.

Las piedras de esta calle
han sabido las páginas primeras
del libro de mi vida; las perdidas
páginas que yo nunca leeré,
donde acaso decía: "...nació el niño
en el cuatro de enero... Fue en el año
1901..."

Tal vez más adelante... "y habló el niño;
dijo: papá, mamá, pan, agua, leche..."
Donde se añadiría: "...empezó a andar..."
Y de este modo constarían todos
los infantiles acontecimientos...

¡Las piedras de la calle en que nací
me han olvidado ya, de tanta ausencia!
Ellas amaron a un muchacho imberbe
de rostro enjuto y de mirar sombrío,
que partió de mi casa una mañana
siendo ya un hombrecito —quince eneros—
y al que mi madre despidió llorando
cuando comenzó a andar el coche de horas
que a una mayor ciudad se lo llevaba...

Y este yo que está aquí ya no es el mismo.
En la afeitada faz se me señala
la barba moza y el bigote oscuro.
Es más recia la voz y la sonrisa
tiene más gravedad, y las palabras
una mayor firmeza y un acento
de tierras o de mares
que estas piedras jamás han conocido...

Y hasta el nombre, de tanto
rodar de boca en boca, no es el mismo
nombre con que mi madre me llamaba
en los primeros años de mi vida...

Las piedras de esta calle
ya no saben mi nombre de memoria,
porque mi madre no me llama ya
en alta voz, como antes, sino que
dentro de casa, y en voz baja, dice:
"Fernando..."

Y sabe ya que no me pierdo
en las pequeñas calles de mi barrio,
¡pues ahora llego, sobre el mar, del mundo!

EN ESPERA

A Luis Buñuel

SIENTO cómo mi espíritu se escombra
con angustia sutil... ¿Por qué, Dios mío,
tiembla mi corazón ante la sombra
que en mí proyecta la claror del río...?

¿Será, tal vez, Señor, que la corriente
me enseña más en su fugaz huida
—yo te miro en el agua frente a frente—
que el libro más profundo de la vida...?

En la murmuración de la floresta
oiré surgir tu voz: "Ya está dispuesta
la barca. Deja el mundo de la mano

y sujeta tus brazos a los remos,
que en mitad de esta noche nos iremos
en busca del incógnito océano..."

LAMENTACIONES TEMPRANAS

A Melchor Fernández Almagro

¡QUÉ pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo que soñaba ser
como tú mismo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y soñé el mundo en mi mano
cautivo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y en mi corazón vi el pozo
del universo cariño...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
Y yo pensé que era el mar
juguete de mi capricho...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo creí que mis ojos
vieron todos los caminos...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo escuché en mi voz todo
el humano imperativo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Que adondequiera que voy
soy un niño...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y no llego a comprender
el poder que hay en ti mismo!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi ser es en el mundo
un suspiro...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi corazón no es más
que una gota de rocío...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y el mar jugó con mi cuerpo
a su arbitrio!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y aún no he movido los pies
del mismo sitio...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi voz es tan pequeña
que no llega a otros oídos!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y adondequiera que llego
soy un niño...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!

DERRUMBAMIENTO

A José María Chacón y Calvo

¡ENTRE la multitud del mundo vivo
atormentado de ambición de cielo,
y cuanto más lo terrenal esquivo
más me aproximo a la prisión del suelo!

¡Ave sin alas, rosa sin aroma
que va hacia Dios, pero que Dios no alcanza,
yo siento que mi alma se desploma
en un derrumbamiento de esperanza!

¡Sin rebelarme a Dios, como el Caído,
buscaré a mi dolor prados de olvido...!
¡Si me duermo, que nadie me despierte,

pues un limpio bajel meditativo,
me llevará sobre este río vivo
hacia los hondos mares de la muerte...!

ELOGIO A FEDERICO GARCÍA LORCA

YO miro en ti la juventud madura,
el árbol firme y la sazón del grano,
la ruta abierta a la más bella altura
y el fresco arroyo en la aridez del llano.

Andalucía en tus poemas llora
—única libertad de alma cautiva—,
mientras su mano maternal decora
tu nombre, roca eterna y piedra viva...

Y en tanto tú te embriagas de locura
musical o en raudales de hermosura
viertes al mundo lo que al sueño tomas,

mi devota amistad, firme y activa,
asciende en una llama admirativa
al alto ventanal donde te asomas...

1925

LA HOGUERA INEXTINGUIBLE

ESTOY pensando en ti. Larga es la ruta
que corre entre los dos.

Mi pensamiento
 es una hoguera que te hará cenizas
 de tanto acariciarte con su fuego...

Mas sé que del incendio inextinguible,
cada momento nacerás de nuevo,
para otra vez quemarte entre sus llamas
y volver a surgir, radiante.

¡Oh, juego
delicado! ¡Soñada maravilla!

Ausente estás de mí, y en mí te llevo
cautiva, ave sin alas, que no tienes
plumas, que eres perfume, luz, aliento...

Que siempre estés en mí, lejos estando,
soberana absoluta de mis sueños...!

CONFORMIDAD

SEÑOR: Yo tengo una herida
que cada vez se abre más.
Aún no te he dicho: Señor,
yo me la quiero curar...

Si yo no tuviera tanta
serena conformidad,
y hubiera alzado mi grito
sobre el tumulto del mar,

hoy no me sintiera hundido
en mi propia soledad,
con el pensamiento seco
y el corazón sin caudal...

¡Señor: yo tengo una herida
que cada vez se abre más...!

PIEDRAS BLANCAS

A MI MADRE, EN EL REGRESO

¡MADRE! La voz más bella que de mis labios brota,
caricia en los cabellos del triste pensativo,
bandera enhiesta en medio de la total derrota
y luz clara en la lóbrega mazmorra del cautivo...

Fuente viva en mitad de mi desesperanza,
árbol eterno en medio de mi arrenal de olvido:
hacia tu firme halago mi corazón avanza
por el sendero mismo que lo alejó del nido...

Vuelvo hacia ti sediento de tu palabra pura.
Vengo cansado. Arribo desde un país lejano.
Sé que aún está vacío mi puesto en tu ternura
y aún para mí conservas caricias en tu mano.

Cuando me allegue a ti con los brazos abiertos,
tú apretarás mi frente sobre tu seno blando,
y mis ojos —audaces por cielos descubiertos—
ante tus ojos dulces se cerrarán llorando...

Se inundará mi pecho de un infantil cariño;
te besaré la frente, te estrecharé las manos,
y tú me mirarás como cuando era niño
y era el único enfermo de todos los hermanos.

Luego, a la noche, todos sentados a la mesa,
mirarás a tus hijos, alegre y conmovida,
de un maternal orgullo —que es humildad— posesa,
y tendrá tu mirada la emoción de quien besa
lo amado, sobre el muelle postrero de la vida...

SERENIDAD

VOY de tu mano, dolor,
adonde ya no te sienta...
¡Tu tanta presencia en mí
me hará inmune a tu presencia!

Me dejo llevar de ti
—prisión y libertad nueva—,
dando tropiezos conmigo
a lo largo de la senda...

Yo siempre puedo decir
dondequiera que me encuentran:
"Vine cantando alegrías
y me voy llorando penas."

Pero mis labios están
cansados de decir quejas,
de dar pesadumbre al mar
y hacer llorar las estrellas...

Tranquilo voy bajo el sol
y perdido en las tinieblas...
Ya está la flor sin aromas
y el colmenar sin abejas...

¡Que no te alejes de mí,
mano crispada o serena
que me conduces, llorando,
sin saber dónde me llevas...!

Hay en tus labios sonrisas,
dolor; tu mirada negra
tiene un halago amoroso
de mar que lame la arena...

¡Voy de tu mano, dolor,
adonde ya no te sienta,
dando tropiezos conmigo
a lo largo de la senda;

y, como vienes en mí,
el alma contigo juega,
mientras la mirada fija
descubre en el cielo estrellas...

VELERO

A Rafael Alberti

LLÉVATE mi pensamiento,
velero que vas al mar,
y líbrame del tormento
de pensar...

¡De pensar y de vivir,
velero que a la mar llevan
aguas del Guadalquivir...!

¡Camino del océano
va contigo mi emoción:
hacia mi puerto lejano
llévate mi corazón...!
Velas que hoy miro en el río,
¡tal vez os miren mañana
los ojos del amor mío...!

En un recodo armonioso
el velero se me pierde
sigiloso, perezoso...
¡para que yo le recuerde...!
¡En este ocaso encendido
hay una paz sobre el agua
que me está hablando de olvido...!

Y hay en mi boca un cantar:
"¡Velero blanco y amigo,
quién fuera a verla, contigo,
al otro lado del mar...!"

BONDAD

A Enrique González Martínez

DE nuevo surgiré de mis escombros
—llama del verso y ave de la vida—,
y otra vez llevaré sobre mis hombros
el muerto ser de la ilusión vencida.

Firme la planta y alta la cabeza,
seré ejemplar de ecuánime cordura,
¡y bueno!, porque sé que la belleza
surge del manantial de la ternura...

Y con afán de corazón y manos
amasaré bondad por los humanos;
y exclamationaré, porque oigan los que pasen
junto a mi sombra y mi enseñanza vieren:
"¡Santificados los que bien me hacen!
¡Benditos sean los que mal me quieren!"

RINCONES DE LLANTO

A Pedro Salinas

YO tengo el alma llena de rincones de llanto
y los ojos cansados de esperanza sin tino...
En mis años de vida llevo sufrido tanto
que ya soy una sombra fría por el camino...

En la contemplación del interior paisaje
—en éxtasis activo—, dejo pasar mi hora:
la araña de mis sueños teje su fino encaje
sobre la fuente amarga que mi corazón llora...

Sé que es mi mano débil para apresar la vida;
pero, como hasta el triste sin esperanza espera
hallar la medicina que sanará su herida,
yo espero lo que amo, sentado en la ribera

del tiempo; con el tiempo, viajero en el camino
—¡luz de alegría indómita, tiniebla de quebranto!—,
con los ojos brillantes de esperanza sin tino
y el alma temblorosa de rincones de llanto...!

CANCIONCILLA DE AMOR FRAGANTE

NUNCA llegarás a donde
mi pensamiento te guía,
porque la ruta es muy larga
y tú despacio caminas...

¡Cada día,
al vuelo de tu deseo
se irá ensanchando tu vida!

Cuando tú no me acompañas
¡qué largo se hace el camino!
¡Y qué cortas las distancias
cuando tú vienes conmigo!

¡Amor mío,
hazte un aroma en el aire
que yo en la senda respiro...!

Aunque estás dentro de mí
yo no sé dónde te encuentras,
pues soy antípoda mío
en busca de tu presencia...

¡Compañera,
cuando estás lejos ¡tan dulce!
y esquiva cuando estás cerca!

¡No cantes yendo conmigo,
que puede pararse el viento,
y se plegarán las alas
del ave de mis deseos!

¡Campo abierto,
juntemos labios con labios,
pensamiento y pensamiento...!

Ocultate entre las zarzas
y espera que yo te llame,
pues quiero ver por tu ausencia
melancólica la tarde...!

Pero... ¡sale,
que es mi corazón quien llena
de pesadumbres el aire...!

¡No quiero que me acompañes
por los caminos angostos,
ni que en el huerto te quedes
esperando mi retorno!

¡Los dos solos:
detrás, el alba de plata;
delante, el ocaso de oro!

¡Pon sobre mi corazón
jazmines de tu ventana,
e inclínate sobre mí
para aspirar su fragancia!

¡Con el alma,
cuando tú el jazmín aspires,
yo te besaré la cara...!

Te me has quedado dormida,
como una niña, en los brazos;
pongo mi boca en tu boca,
mis manos entre tus manos...
¡Sé que el campo
está cantando este idilio
con música del ocaso...!

¡Qué aroma tiene tu cuerpo
de carne fresca y de flores...!
¿Debo quitarte la vida
para que no me abandones...?
(Por el monte
vagan rumores de esquilas
y cantares de pastores).

MARÍA DE LA LUZ

EN vida se llamó María de la Luz,
y como ya se ha muerto
deben llamarla ahora María de las Sombras.
¡Siempre María!

Creo
que vida y muerte son una hoja de álamo:
un lado blanco y otro negro...

¡María de la Luz o de las Sombras,
tú, como las estrellas y luceros,
te escondiste en el alba
para, a la noche, ensortijar el cielo
del hogar que dejaste,
por donde aún vaga, en mi ilusión, tu cuerpo...!

¡Memorias de tu vida son los días;
las noches, de tu muerte son recuerdos...!
Nunca estarás ausente,
pues sé que estás dispersa en los momentos
que me integran...

¡Tu luz guíe mis pasos
por la vida! ¡Tus sombras den amparo a mi sueño...!

¡Y que tú seas, cuando acabe el viaje,
la que me vaya a recibir al puerto!

VIAJERO POR LAS SOMBRAS

TE fuiste sin sentir cómo te ibas,
amado abuelo de las barbas blancas.

Para emprender el viaje por la noche
esperaste hasta el alba...

Las estrellas cubrieron tu camino
para que tú sobre ellas caminaras.

¡Oh, cuántas noches vieron las estrellas,
sobre la tierra parda,

esa silueta tuya,
tan decrepita y blanda!

¿No te has cansado ya de andar a solas
por esa carretera solitaria?

¿Habrás llegado al fin de ese camino
que no empieza ni acaba?

¿Es cierto que tu espíritu se acerca
todas las noches a besar mi alma?

¡Yo te he de ver alguna noche, en sueños,
vagando en las tinieblas de mi estancia,

y antes que te disuelvas en las sombras
prenderé el corazón de tu mirada,

y el ánfora sagrada de mis sueños
la volcaré a tus plantas!

Yo, mientras tanto, lloraré tu ausencia
con un correr de río que no acaba...

OFRENDAS A LA NADA

A MI HIJO, DORMIDO

ACARICIADO por la luz escasa
tan deliciosamente te has dormido,
que la vida su aliento ha suspendido
como formando bóveda a la casa.

¿Qué paraísos mágicos rebasa
tu sueño ya?... ¿Qué música has oído?...
¿Qué pájaro te canta?... ¿Has sonreído
a un serafín que por tu sueño pasa?...

¡Goza tu sueño, que aún estás inerme
para la vida, mientras yo vigilo
junto a ti, como un dios bárbaro y tierno!

Entre tu sueño mi esperanza duerme:
Cuando me muera moriré tranquilo
porque la muerte y tú me haréis eterno.

A ROSARIO, MI MUJER

BÁLSAMO suave para mis dolores,
tibio regazo de mi desperezo,
tranquila paz en mi vital acezo
y manantial de todos mis amores!

¡Amada, toda amor! ¡Alentadores
tus besos son, cuando la lucha empiezo,
y los guijarros donde yo tropiezo
tu corazón me los convierte en flores!

¡Gracias, mujer! ¿Recuerdas aquel día?...
Mi alma estaba en la trágica agonía
en que a la muerte o al amor se invoca,

y, por no sé qué suerte de mi sino,
el fresco aliento de tu nombre vino
hasta los secos labios de mi boca!...

ÁRBOL VENCIDO

A Pedro de Lorenzo

COMO un árbol enorme desgajado
por los embates bárbaros del viento,
sobre esta cima de mi edad, me siento,
con un inmenso abismo a cada lado:

Amargura y dolor, en el pasado;
en el futuro, hastío y desaliento...
¡Mi alma impreca al lejano firmamento
por estas desventuras de mi estado!

Para los soles y las lluvias seco,
me voy quedando cada vez más hueco
en mi infinita soledad de altura.

¡Ya nada habrá que mi ilusión despierte!
¡Ya sólo aguardo que, una noche oscura,
me pulverice el rayo de la muerte!

ATRACCIÓN DE LA MUERTE

A N. Sanz y Ruiz de la Peña

DENTRO de un corazón fui sepultado
allá en la tierra de la infancia mía
y estuve allí mientras el tiempo hacía
polvo viscoso el corazón amado.

A una muerte en olvido destinado,
me empezaba a pudrir vivo, y, un día,
sin esperarlo ya, ¡con qué alegría
por otro corazón fui libertado!

Hoy, pisando la tierra, mi figura
quiere andar firme, mas la sepultura
tira de mí con atracción de sima.

Y si me veis andar tan agobiado,
no es por lo que el vivir me ha maltratado,
¡es porque llevo mucha tierra encima!

EN LA TRISTEZA DE LA NOCHE

A Arcadio Pardo

YA he llegado a ese momento
en que los sueños se enturbian
y el alma quiere volar
con muñones de alas truncas.

Mi corazón, a la noche,
"¿Por qué tiene —le pregunta—
el cielo tantas estrellas
y yo no tengo ninguna?"

Y la noche no contesta,
porque las noches son mudas
para quien ya tiene abierto
el silencio de su tumba.

Pero, más piadoso, el cielo
contesta llorando una
lágrima ardiente y eterna
que por sus mejillas cruza.

Y siento dentro de mí
que todo se me derrumba
y que en mis propios escombros
voy a tener sepultura.

Y temo que ya esté muerto
amortajado de angustia,
y venga a llevarme alguien
que ya en las sombras me busca...

Mas oigo que algo se acerca,
como una corriente oscura,
y pone sobre mi boca
los labios de su ternura.

La vida llega hasta mí,
con légamo y con espuma,
y adopta formas de un ser
que mi corazón ausculta.

Y oye en la noche mi alma
—para la tristeza, lúcida—
quejas que van por el aire
de otras almas sin fortuna.

—¡Almas, yo os oigo y os amo
—grito en la noche profunda—,
pero lo que es a mi alma
no la escucha nadie nunca!

LA MAÑANA DORMIDA

A Luis López Anglada

ESTÁ, bajo este sol fuerte,
tan dormida la mañana
que, porque no se despierte,
voy a cerrar mi ventana.

Y correré las cortinas
porque finjan a mi ensueño
como dos alas divinas
que custodiarán su sueño.

Plácidamente dormida,
en mí tal encanto vierte
que diera a gusto mi vida
si hallara en ella la muerte.

¡Morir bajo el sol, un día
tan bello ¡quién lo tuviera!
y no entre una niebla fría,
como la muerte me espera!

Presiento que es el destino
final para mis dolores
un solitario camino
sin pájaros y sin flores.

¡Vivir es una delicia,
y en esta hermosa mañana
siento que Dios me acaricia
con su mano más humana!

¡Mañana tibia y fragante
frente a mi ilusión abierta,
que no será ya mi amante
cuando se encuentre despierta!

Cerraré sin hacer ruido,
cuidando que, en mi emoción,
no la despierte el latido
de mi propio corazón.

OTRO MUNDO

A Rafael Montesinos

NO es este mundo de ahora
mejor que el que yo perdí,
ni es más hermosa esta aurora
que el ocaso que yo vi.

¡Había en pleno poniente
un fulgor de amanecida
proyectando en nuestra frente
la grandeza de la vida!

¡Había cielos de encanto
velando nuestros destinos!...
Y hoy somos almas de llanto
errando por los caminos...

¡Ay del que va por la vida
sin corazón que le guarde,
como una estrella perdida
en el cielo de la tarde!

¡Ay del corazón que llora
las venturas de otros días!...
¿Para quién nacen ahora
las humanas alegrías?...

Una abeja es cualquier pena
que, en su desorientación,
halla su propia colmena
dentro de mi corazón.

Aunque me están destruyendo,
es tan honda mi ternura
que va mi piedad creciendo
al ritmo de mi amargura.

Salvado de mis escombros
estoy viviendo al acaso
mientras sostengo en mis hombros
la grandeza de ese ocaso.

Nadie lo comprende, y voy
con tanta grandeza encima
que si soy ladera hoy
seré con el tiempo cima.

Hacia un destino lejano
me lleva tras sí un rumor
que tiene un sonido humano
pautado en tiempo de amor.

Y al conjuro de otros días,
de mis nostalgias al son,
las humanas alegrías,
aunque nunca serán mías,
llaman a mi corazón.

EN LA SOLEDAD DEL MUNDO

A José García Nieto

¿POR qué sigo este camino,
si ya no me espera nadie?...

Siempre, al andar, iba a ver
algún amor... Y esta tarde
siento, de pronto, que el mundo
no tiene más habitante

que yo; que todas las cosas
no son igual que eran antes,
y que, si me quedan ojos,
ni siquiera llorar saben...

Ya no oigo más voz que el viento
muriéndose entre los árboles,
y si recibo caricias
son de las hojas que caen...

¡Todo está solo y perdido,
y mi alma, de mí se sale,
desangrándose de amor,
como si me abandonase!

Pero, si el mundo está solo,
y yo entre sus soledades,
¿por qué sigo este camino,
si ya no me espera nadie?...

ABANDONADO DEL AMOR

¿DORMIDO yo?... ¿Despierto?... ¡No he sabido
cómo me embarcó Amor en su velero!
Sólo sé que en su cala, prisionero,
a este desierto islote me ha traído!

Al sentirme del sueño desprendido
por el frescor del aire marinero,
me miro en orfandad, y al mar inquiero...
¡y el mar susurra que el Amor se ha ido!

¡Aún veo trepidar los aparejos
de su navío! ¡Pero va tan lejos,
que es casi un sueño de mi fantasía!

¡Me abandonó, cruel en su mudanza,
y aquí me moriré, sin esperanza
de que vuelva jamás en busca mía!...

JINETE DEL RECUERDO

A Pedro Lezcano

YO nunca tuve un caballo...
Pero en caballo iba a verla
a un tibio valle lejano.

Caballero por el campo,
¡qué mío mi corazón
sobre el alazán prestado!

¡Iba al amor, cabalgando
—jinete de mi deseo—,
por el amor traspasado!

Había en la senda pájaros,
sol en las cumbres sin nieve,
música en los regatos.

¡Venía en el aire cálido
una caricia perdida
que a mí me estaba buscando!

Y parecía, a mi paso,
que el mundo estuviera hecho
para verme ir a su lado.

Ella me estaba esperando...
¡Y eran de fuego las riendas
a la presión de mi mano!

...¡Ay, han pasado los años!
Ya no es mío el corazón,
¡y qué mío aquel caballo!

¡En él a buscarla salgo
—jinete de mi recuerdo—,
por el ayer cabalgando!

A MIS PADRES, MUERTOS

NI árbol ni rosa, sino carne viva
expuesta al golpe del dolor humano;
no habéis pasado por el mundo en vano:
¡en él pusisteis mi alma sensitiva!

Ya os dio su paz la tierra, compasiva;
acaso Dios os alargó su mano
y os concedió, con gesto soberano,
una eterna virtud evolutiva...

¡Yo os invoco en la noche de mi suertel:
Paso las manos por la frente mía,
que es carne vuestra renovada y fuerte,

y siento así, en mis horas de agonía,
que, a través de la tierra y de la muerte,
volvéis a acariciarme todavía...

CANCIONES SÚBITAS

I

ES tan humana la rosa
que algo de sí misma da
a cualquiera que la toca.

II

El sueño duerme en nosotros
mientras estamos despiertos,
y nosotros nos dormimos
cuando se despierta el sueño.

III

Nunca pensé que podría
ser mi destino tener
el alma sedienta, y ver
eternamente vacía
la copa en que he de beber.

IV

Le he dado tu nombre al aire
de tanto como te llamo,
y ya no sé si es el aire
o eres tú lo que yo amo.

V

Mi boca no canta ya,
mi corazón no suspira...
¡Y ya no puedo llorar!

VI

Los días, como navajas,
me están dejando desnudo
el esqueleto del alma.

VII

Cuando yo canto mis penas
no canto sólo las mías;
canto también las ajenas.

VIII

Las nostalgias mías son,
no de ventura vivida
sino de muerta ilusión.

IX

Ya no soy como solía,
y en el corazón lo siento,
pero la culpa no es mía.

X

Tuve la memoria buena,
ya tengo mala memoria;
¡toda mi memoria es ella!

XI

Estoy llegando a la cima
de donde todo se ve,
pero a la que nadie mira.

XII

En la melancolía de esta hora
siento, sin saber cómo, que me ahoga
el llanto que no se llora.

XIII

¡Ya nada me da alegría,
porque se apagó la estrella
que en el corazón tenía!...

BELMONTE DE CAMPOS

A Teodosio Pastor Robles

BELMONTE tiene un castillo
y una torre sin cigüeña...
En su contorno amarillo
dormita un pueblo y no sueña.

En tanta quietud sumida
está la tierra, que siento
que aquí sólo tienen vida
los perros locos del viento.

En este petrificado
silencio de luz y trigo,
¡quiero gritar que yo he amado,
que aún sueño!... ¡y no lo consigo!

Y pienso en el océano
que ahora mis ojos no ven,
como en mi infancia, cercano:
yo soy de un pueblo lejano
a donde no se va en tren.

¡Es una tierra encendida
de sol, de aromas, de amores,
con tal prodigio de vida
que hasta los muertos dan flores!

A este recuerdo se aviva
mi alma, de tal manera
que, temiéndose cautiva,
se va hacia la carretera...

Mas la carretera tiene
tan compacta soledad,
que no se sabe si viene...
que no se sabe si va...

¡En el silencio absoluto
que oprime mi soledad,
aprendí que en un minuto
se puede encerrar el fruto
de toda una eternidad!

Hoy, cuando llegue el ocaso,
con toda mi angustia humana,
para ver si me hace caso,
le gritaré a la campana:

"¡Campana tímida, pon
tu voz de llanto en la senda
y dame consolación,
que hoy está mi corazón
para que nadie lo entienda!"

Pero seguirá callada
en su torreón abierto,
¡y ya no encontraré nada
que me diga que no he muerto!

¡Y al mediar la noche oscura
se hará el silencio tan fuerte
que por toda la llanura
se oirán pasos de la Muerte!

LA LUNA DE CASTILLA

LA luna de Castilla
brilla tan alta,
tan alta brilla
como una monedilla,
que a mí me falta.

Fernando González nace en Telde (Gran Canaria) en 1901. En la casa natal, hasta los quince años, Antes de los 16 años, ingresa como redactor en "La Provincia". "Un caso de precocidad y espontaneidad poética maravillosa", había dicho de él González Díaz. Su formación, la biblioteca amiga de otro poeta, Montiano Placeres. Residiendo en Las Palmas, conoce y trata a los principales escritores locales: Tomás Morales, "Alonso Quesada", Saulo Torón. Morales, en especial, influirá decididamente en sus primeros versos. Poco antes de 1920, Madrid. En 1923, *Manantiales en la ruta*, primer libro con pie de imprenta madrileña. Después, *Hogueras en la Montaña*, *El Reloj sin horas*, *Piedras Blancas*; en 1949, su último libro, *Ofrendas a la nada*. En 1930, gana cátedra de Literatura de Institutos. Separado de la docencia por razones políticas, se reintegra en Valladolid. Contemporáneo de la generación del 27, amigo de los principales componentes de la misma; sin embargo, su poesía con sello propio: entre los últimos ecos modernistas y la poesía interior machadiana. Director de *Halcón*, colección poética vallisoletana de capital importancia dentro de la poesía contemporánea española. Fallece en Valencia, en 1972.

Alfonso Armas Ayala. Nace en Las Palmas (1924). Catedrático de L. y Literatura de Bachillerato. Profesor Universitario. Académico correspondiente de las Academias de Historia de Venezuela y España. Ha sido Secretario

de la Universidad Internacional de Canarias "Pérez Galdós". También ha desempeñado la Dirección de los Museos Insulares de G. Canaria. Ha dedicado a la figura de Galdós estudios monográficos y su último libro, *Galdós, Lectura de una Vida*. Es también autor de *La Influencia del Pensamiento venezolano en la Revolución de Independencia de Hispanoamérica, Graciliano Afonso, un poeta prerromántico español*; además, estudios sobre Literatura en Canarias, así como ediciones de autores españoles contemporáneos. Ha desempeñado cátedra de profesor visitante en universidades venezolanas, puertorriqueñas y de Estados Unidos.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 22 de marzo de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

4 de enero de 1901, en Telde; 24 de junio de 1972, en Valencia. Algo más de setenta años. Telde, Las Palmas, Madrid. Después, estancias en Tortosa, Logroño, Bilbao, Valladolid, Barcelona y Aranjuez: catedrático de Instituto en peregrinaje de traslados. De tantos lugares, dos: Valladolid y Madrid. En especial, Madrid. Nuestro poeta, viajero oficial obligado por los destinos de su cátedra.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem